

HERBERT MOROTE

LOS AYACUCHOS

PIEZA TEATRAL EN TRES ACTOS

LIMA 1991

*A David,
Un ayacuchano que me enseñó a vivir.
Fue mi padre.*

*“Para todos hay mañana,
sólo para mí no hay cuándo”*

Huayno ayacuchano,
divulgado por los hermanos Zárate.

PRÓLOGO

Lima, 22 Marzo 1991

Recordado Herbert:

Antier, de manos de Helga,
Recibí tu carta del 7, demorando esta respuesta para dar tiempo a que la carta de tu hermana te entere de cuanto conversamos, a la vez que veas los materiales, modelos y presupuestos. Lo que resuelvas no lo hagas a la peruana (“ no hagas mañana lo que puedes hacer pasado”)

Más vale llegar a ser escritor tardío que no llegar a serlo, quedándonos con el consuelo de saber apreciar lo bueno, como considero tu primogénito trabajo. Lo corto de este espacio me priva de mayores comentarios. Acepto gustoso y honrado tu invitación para escribir unas líneas de presentación, aprovechando para ello algo de material que trae tu original antes de entrar en la propia materia.

Con mis felicitaciones reiteradas ante ese obsequio que le haces al país, y con mis mejores deseos para ti y los tuyos, te abraza.

Juan Mejía Baca

A los pocos días de haber escrito esta carta, Juan Mejía Baca fue diagnosticado de una grave dolencia; falleció tres meses más tarde. La desaparición del mayor propulsor de las letras peruanas es una pérdida irreparable para el país.

Juan, K'orimantas Kask'a, tu carta es para mí el mejor prólogo. Gracias por urgirme a publicar “Los Ayacuchos”.

H.M.

NOTA DEL AUTOR

Los Ayacuchos es una obra de teatro para leerla. No encontré una mejor manera para describir la voz de los protagonistas. Dejo a la imaginación del lector que añada las imágenes para completar el relato.

PALABRAS PRELIMINARES

Me fue descrita con todo ese asombroso lenguaje romántico de los libros de caballería, mi corazón, de pocos años todavía, vibraba y se quedaba fascinado al ver la virtud y arrojo de mis héroes luchando en las más adversas condiciones para salvar a un oprimido y explotado pueblo.

Cuando fui algo mayor pude comprender la importancia de la Batalla de Ayacucho. En 1824 el Perú era, todavía, el último territorio importante en América en manos españolas, sin su libertad, la amenaza colonialista continuaría cerniéndose sobre las incipientes repúblicas. La nueva dimensión al ver aquel acontecimiento militar no cambió mi admiración por los señeros paladines; ellos han recibido, reciben y seguirán recibiendo de parte de los sud-americanos principalmente, merecidos elogios al esfuerzo, valentía y sagacidad mostrados en ese campo de batalla.

La victoria del 9 de diciembre de 1824, fue festejada con gran estruendo por toda América. El Perú se entregó a los líderes de la batalla, los colmó de honores, dinero, ofrendas y hasta les dio el poder absoluto en el gobierno.

El resto de América celebró con inusitada euforia el acontecimiento, veía que el fin del colonialismo y la realización de los principios de igualdad incrementarían el bienestar común. Las potencias europeas, envidiosas de España y colaboradoras abiertas a esta hazaña, se regocijaron al ver, finalmente, el ocaso de aquel imperio donde el sol jamás se ocultaba. España, por otro lado, se encontraba agobiada por luchas internas, y la derrota ocasionó un pretexto más para que las facciones políticas se acusasen mutuamente del fracaso, sin embargo no hubo grandes pronunciamientos, optaron, más bien, de guardar prudentemente la vergüenza. Les costó mucho, y les cuesta algo todavía, aceptar la pérdida de “su” América. España poseedora de muchas virtudes debía depender, finalmente, sólo de ellas para llegar a su nuevo destino en la historia.

Los vencedores, dirigidos por Bolívar, “El Libertador”, están omnipresentes en las repúblicas americanas, todas sus capitales tienen su figura ecuestre; vemos también en muchas de sus ciudades la imagen determinada y serena de Sucre, “El Gran Mariscal de Ayacucho”; escuchamos todavía con la piel erizada, la arenga de Córdova: “Adelante, armas a discreción y paso de vencedores”. De los vencidos, nadie se acuerda ya, natural fenómeno de nuestra condición humana. La verdad es que fueron fríamente recibidos al regresar a España, los acusaron soteradamente la mayoría de las veces, y hasta abiertamente en algunas ocasiones, de ineficiencia, falta de entrega y hasta de traición. Sólo, quizás algún interesado en historia hispano-americana, recordará que fue el Virrey La Serna quien estuvo al mando del ejército realista y que un tal Canterac firmó el acta de rendición. Lo que no es tan conocido es el hecho que años después los mismos españo-

les que lucharon en el Perú tuvieron una destacadísima participación en la formación de lo que finalmente es la España moderna. Ellos dieron el golpe final al absolutismo de la corona y fueron el brazo armado del movimiento liberal.

Muchos años pasaron desde la última vez que leí algo sobre la batalla, y es sólo ahora como escritor tardío, que tengo el dudoso privilegio de poder mirar atrás desde una perspectiva diferente.

Esta obra es, pues, el resultado inesperado de un proceso, que comenzó tratando de satisfacer mi curiosidad por saber más sus protagonistas y las causas por las que realmente perdieron o ganaron. Para esto tuve que atacar con ánimo la abundante fuente bibliográfica y encontré, como había de esperarse, que existe comprensibles diferencias según el historiador o narrador sea venezolano-colombiano, peruano o español. Esto no me desanimó, sino más bien me incitó a actuar como un seudo historiador o mejor dicho, como un temerario aventurero entrando a la conquista de un territorio desconocido, es decir, con ambición y sin conocimiento.

Fue aquí que mi mentalidad de fines de siglo veinte se salió del propósito original, comencé leyendo libros, manuscritos, diarios, etc. con la visión en otra parte; no me podía concentrar en mi tarea, mis pensamientos se iban a mi pobre patria; veía a la misma vez los pueblos de la sierra donde en mi infancia pasé felices años y la actual violencia desesperada de un pueblo inocente que está más pobre y con menos esperanzas que nunca.

Algunas veces estando con los libros abiertos en la mesa de la biblioteca mis ojos se nublaban de tristeza empañando los anteojos, un privilegio de los que vivimos fuera del Perú, porque mis paisanos no tienen el lujo para estos sentimentalismos, ellos, si tienen suerte, se ganan literalmente un poco de pan al día con el sudor de sus frentes, la gran mayoría no logra ni eso. Llegando a este punto, como es lógico, surgieron las verdaderas preguntas del tema: ¿Es que los vencedores realmente nos liberaron? ¿Si? ¿De quién? Y ¿De qué? Y finalmente ¿Quién es el verdadero protagonista de Ayacucho?

Tratando de dar respuestas a tantas preguntas encontré también que Ayacucho no es un caso único en la historia, ha habido muchos “Ayacuchos”. Sólo tenemos que ver en esta segunda parte de nuestro siglo los casos trágicos de Corea, Vietnam, Cambodia, Afganistán, Centro América y muchos otros más. En esta obra trato, sin embargo, de uno sólo, de Ayacucho, la tierra adorada de mi padre.

1991
Nueva Jersey y Madrid.

PERSONAJES

EJÉRCITO REALISTA

- _ Virrey del Perú, José LA SERNA. 55 años
Siendo Teniente General deponer por ineficaz al virrey Pezuela en 1821. Abandona Lima para consolidar el dominio español en el centro, sur y alto Perú (Bolivia).

- _ Teniente General, José de CANTERAC. 38 años
Jefe de Estado Mayor y Jefe del Ejército del Norte, ganó muchas batallas junto a Valdés y otros. Perdió la Batalla de Junín frente a Bolívar el 6 de agosto de 1824.

- _ Mariscal de Campo, Jerónimo VALDÉS. 40 años
Jefe del Ejército del Sur, triunfador de varias batallas contra los libertadores.

- _ Mariscal de Campo, Rafael MAROTO. 42 años
Pacificador de Charcas (Audiencia en el Alto Perú).
Perdió la Batalla de Chacabuco frente a San Martín
el 12 de Febrero de 1817, en Chile.
- _ Brigadier, Valentín FERRAZ. 31 años
Participa con éxito en varias batallas contra las
fuerzas independentistas, enviando con Espartero a
Madrid a solicitar ayuda.
- _ Capitán español, Estanislao QUINTANILLA. 30 años
- _ Sargento español.
- _ Soldados realistas (ayacuchanos).

EJÉRCITO PATRIOTA

- _ General, Antonio José SUCRE. Venezolano, 29 años
Jefe del Ejército Libertador. Lucha en las más
notables batallas de la independencia de Venezuela,
Colombia y Ecuador.
- _ General, José LA MAR. Peruano, 46 años
Nacido en Guayaquil, educado en España, luchó
contra la invasión francesa. Viene al Perú como
Inspector del Ejército con el virrey Pezuela.
Combate a partir de 1821 a favor de la suerte
americana.
- _ General, José María CÓRDOVA. Colombiano, 24 años
Lucha a la órdenes de Bolívar en las principales
batallas por la independencia de Colombia y
Ecuador.

- _ Teniente Coronel, Ramón CASTILLA. Peruano, 27 años
Peleó, en Chile, por el Ejército Realista en muchas batallas. Cayó preso en Chacabuco y se pasó al lado de los patriotas.
- _ Soldados patriotas (ayacuchanos).

OTROS PERSONAJES

- _ AYACUCHO, muchos años.
- _ Hijo ESTUDIANTE (Quintanilla, 1er. Acto)
- _ Hijo POLICÍA (Castilla, 2do. Acto)
- _ Capitán de la Guardia Civil (sargento realista, 1er. Acto)
- _ Guardia Civiles y terroristas (soldados patriotas y realistas)

ACTO I

Con el telón abajo aparece Ayacucho por un extremo, lleva una pequeña canasta, camina lentamente. La luz sólo ilumina a él. Se para al centro del escenario.

AYACUCHO.-(al público) Estas papas son cada vez más pequeñas, la tierra ya no produce como antes. ¡Ah! ¿saben? Estoy esperando a mis hijos, se fueron a estudiar a Lima. Espero que no se hayan olvidado de hablar quechua. Cuando yo hablo mi propia lengua, así como ahora con Uds., nadie se ríe. Cuando hablo castellano es diferente. Miren si Uds. Tratarán de hablar quechua yo lo encontraría gracioso, sin embargo no me reiría ni los insultaría. Cómo son las cosas ¿verdad?

(Ayacucho camina un poco más y se vuelve a parar)
¿Dónde estarán mis hijos? Mientras los esperamos les diré que aquí en Ayacucho se dio la última batalla de la Independencia de América. Sí, aquí mismo. Yo siempre recuerdo lo que pasó...Hasta ahorita no sé lo que ganamos... Vamos a ver si Uds. me entienden, les contaré desde... bueno, desde la tarde anterior a la batalla, la tarde

del 8 de diciembre de 1824. Miren no más, hace muchísimo tiempo.

(Ayacucho se retira mientras se levanta el telón)

ESCENA UNO

(En la árida falda alta del cerro Condorcunca, cordillera de los Andes. Campamento realista en rampa ascendente; a la izquierda una mesa d campaña. Bancos cajas y baúles en desorden. Dos generales, Canterac y Valdés, revisan unos mapas sobre la mesa. Los dos con uniforme de caballería, Valdés lleva además sombrero de lana y chaleco serrano. Hay movimiento de soldados mal vestidos tratando de arreglar el campamento).

SARGENTO.- ¡Venga! ¡Venga! Mover de prisa esas cajas. ¡Flojos! ¡Os tengo que empujar siempre! ¡No hacéis nada sin que os controle! Y si no os vigilo, ¡desertáis! ¿Estáis cansados? Pues, yo también. ¡Venga! ¡Daos prisa!

SOLDADO.- “¡haci dos días qui ni comemos!”

SARGENTO.- ¿Qué dices, indio de mierda? ¿Cuándo aprenderás a hablar castellano? A ver, repite ¿qué has dicho?

SOLDADO 2.- “Dici que haci dos días qui no comimos. Istamos con freo, todavía mojados, por vadear el río. Istamos cansados di tante camenar”.

SARGENTO.- (*remendándolo*) “Di tante camenar”. Se dice, de tanto caminar, ¡Cholo bruto! ¡Coño, nunca aprenderán a hablar castellano!

QUINTANILLA.- (*llegando*) Sargento, dejad de tratar mal a los soldados, ellos hablan mal castellano, pero lo hablan. Vos no podéis pronunciar una palabra en quechua. Además, en verdad deben estar muy cansados. Nosotros vinimos a caballo y ellos a pie. ¡Ah!, y lo de la comida también es cierto, hace dos días que el rancho no alcanza para todos. Seguid trabajando, ahora, sin tantos gritos. (*vase*)

SOLDADO 1.- (*dirigiéndose a su compañero*) “Oye, iste capetán istá enamorando de nuestra hermana”.

SOLDADO 2. - “Sí, y la Juanacha también lo quiere”.

SARGENTO.- (*otra vez rugiendo*) Ya oísteis al capitán Quintanilla ¡A trabajar en silencio! ¡Venga, de prisa!

ESCENA DOS

(*Los generales hablando alrededor de la mesa*)

VALDÉS.- (*se para y mira al horizonte, la platea*). Mañana os demostraré, una vez más, que la espada española siempre triunfa. (*mirando a Canterac, y con tono burlesco*) bueno, para esto, tiene que ser empuñada por sangre española, claro.

CANTERAC.- Valdés, no te hagas el gracioso, mi paciencia tiene sus límites. Mi sangre francesa ha sido derramada por esta tierra americana en más ocasiones que la tuya. Y defendiendo mi patria, España, con más honor que...*(toma su espada)*.

VALDÉS.- Hey, hey, valiente, no he querido ofenderte, estás muy irritable. ¿Qué te pasa hombre? *(pausa)* ¡Contesta!..*(riendo y en tono amigable)* No calles cobarde.

CANTERAC.- *(le amenaza con la espada)* A mí, nadie me llama cobarde, ni la madre que te parió.

VALDÉS.- *(levanta los brazos, desarmado)* Lo siento, otra vez, Canterac, no he debido decir eso. Discúlpame...¿por favor?

CANTERAC.- Bueno ya, pero cuida tus palabras que no estoy para bromas. *(mirando a los soldados)* ¡Indios de mierda! ¡Desertores!

VALDÉS.- Cuidado con lo que dices, los indios leales son la base de nuestro ejército. Canterac, te voy a decir algo, ahora no te enfades otra vez, sé que los españoles también están resentidos con tu mal genio. ¿Te puedo ayudar en algo?

CANTERAC.- Valdés, tú no puedes comprender... creo que en Junín he tenido mi Waterloo.

VALDÉS.- ¡Joder! Olvídate de eso. Ahora, tú eres el Jefe del Estado Mayor; mañana toda la gloria será tuya.

CANTERAC.- Valiente título, ¡Me cachis! Yo preferiría seguir a cargo del Ejército del Norte. Lo que quiero

ahora es pelear, allí...abajo, en primera fila. Tendré que hablar con La Serna. No necesita un Jefe de Estado Mayor estando él aquí. Tú ¿qué piensas?

QUINTANILLA.- Con permiso, Señores Generales, ha llegado por el lado de la sierra un pelotón de caballería con el Mariscal de Campo, Maroto.

CANTERAC.- (*A Valdés*) Otro que viene a vengar una pasada derrota. Todavía le debe doler haber perdido Chile en la batalla de Chacabuco. Dime ¿qué diablos anda haciendo en Ayacucho?

VALDÉS.- No lo sé. Yo dejé a Maroto a cargo de Cuzco. Quería ver si hacía entrar en razón al hijo de puta de Olañeta, que se ha rebelado contra el Virrey en el Alto Perú.

CANTERAC.- Capitán Quintanilla: que se acerque pronto el Mariscal.

QUINTANILLA.- En seguida mi general. (*vase*)

CANTERAC.- Tú mismo has debido arreglar al traidor de Olañeta. Valdés, hasta ahora no comprendo para qué coño has venido. Aquí me basto solo.

VALDÉS.- Tú sabes que el Virrey me lo ordenó. (*meditando*) Olañeta...iba a ser una lucha fratricida, él tiene 5000 hombres bien armados...(*otra vez agresivo*) Por otro lado...¿de qué te quejas? Sin mis tropas, esto sería otro Junín.

CANTERAC.- (*acercándose violentamente*). Petulante, me dan ganas de partirte la cara...

MAROTO.- (*entrando*) ¿Interrumpo una reunión de amigos?

VALDÉS.- Canterac ha perdido su buen humor.

CANTERAC.- (*a Maroto con tono autoritario*) ¿Por qué habéis abandonado vuestra región?

VALDÉS.- (*con fingida cortesía*) Disculpe V.E., soy yo, el que hago las preguntas a mis subordinados.

MAROTO.- ¿Estáis locos? Por la Virgen María, calmaos. Me ponéis nervioso con estos juegos. Prestad atención, que os traigo malas noticias. Si no fuera por mi amor y devoción a nuestro amado rey Fernando, hace tiempo que hubiera dejado esta guerra. Meses, años por estas tierras, sin familia; sin amigos, nos estamos convirtiendo en bestias, en indios, eso, estamos convirtiéndonos en indios, olemos como ellos, a llama, y reparad por las alturas que andamos, 3000, 4000 metros...

CANTERAC.- Maroto, dejaos de filosofar y decir tonterías. Al grano, venga las malas noticias y regresad a vuestro puesto.

MAROTO.- (*resuelto, sin dejarse intimidar*) Señor Teniente General, os recuerdo que no habláis con vuestras tropas. Lamento que estéis nervioso.

CANTERAC.- Lo siento Mariscal, disculpadme. No estoy nervioso, sino más bien...diría... un poco ansioso por combatir mañana. Vos me comprendéis, espero...Mirad, se acerca el Virrey. Está conversando con un indio.

LA SERNA.- (*se acerca hablando con familiaridad a Ayacucho*)...Sí, es verdad, esta tierra es muy

bella, me hace recordar a ...Tú no comprenderías lo que quiero decirte...Pero dime ¿quién eres tú?

AYACUCHO.- “Yo, Señor, soy de aquí”

LA SERNA.- ¿Cuándo aprenderán a hablar castellano?.. No te pregunto de dónde eres, si no quién eres ¿entiendes? Dime ¿quién eres?

AYACUCHO.- “Si Señor, yo soy disti puiblo, pues, mi llamo, Ayacocho. ¿Entindes tú?

(Dirigiéndose al público).- “Si le diría en quechua, quién soy yo, tampoco lo entendería; porque yo soy todo esto, lo que se ve y su atrás, lo que se palpa y su revés, lo que se oye y lo que se presiente, lo que se saborea y lo que se imagina. Yo soy esta sierra amable, ese cálido valle, aquel rumoroso río; soy la distinguida llama, la frágil vicuña, la vivaracha vizcacha, el cauto puma. Yo soy el cuy, la muca. El maíz, la quinua, el olluco, la papa, el huacatay; soy el yantén, la retama, el toronjil. Yo soy mis templadas noches. Soy las estrellas y la luna que iluminan mi choza y mi sendero; soy el zorzal, la alondra y el jilguero. Yo soy el “Sol de Mayo”, soy estas piedras milenarias, soy esta dura tierra que pare sus frutos con mi sudor diario. Soy este poncho que me protege del serrano frío, la perfumada leña con que cocino mis pocos alimentos. Yo soy también mi adoptada guitarra con la que lloro en soledad mis profundas penas. Soy mis viejos y los viejos de esos viejos y hasta más...pero mucho más atrás; soy mis hermosas y sanas mujeres, soy finalmente, y más que todo, el corazón valiente, aunque ingenuo, de mis impacientes y rebeldes hijos. ¡TODO ESTO SOY YO! ¡AYACUCHO!

(A la Serna).- “Oste mi puedes llamar Ayacocho, no más”.

LA SERNA.- Bueno, Ayacucho ¿qué quieres?

AYACUCHO.- “Quiero señor que mi divuelvas a los hijos de mi pueblo, ya hay muchos muertitos señor, divuélveme, pues, a los que están vevos todavía”.

LA SERNA.- Mira, Ayacucho, estamos luchando por tu pueblo y por el Perú. Estos bandoleros quieren apoderarse de tus tierras...

AYACUCHO.- (*dirigiéndose al público*)“¿De qué tierras hablará? Porque ya nos han usurpado casi todas. Primero fueron los incas, después los españoles, más tarde los criollos y finalmente algunos mestizos. Para seguir algo libres tenemos que ir a vivir a los sitios más altos y más áridos; los que se quedan en las tierras fértiles están condenados al vasallaje”.

LA SERNA.- (*siguiendo*)...quieren abusar de tus mujeres, comerse tus animales, destruir tus iglesias. Mira, también nosotros somos peruanos... No, al revés...vosotros, los peruanos, sois o seréis pronto también españoles. ¿Tú comprendes, Ayacucho? Las Cortes de Cádiz han reconocido que vosotros, en América, sois españoles... Tenemos la misma nacionalidad, debías estar orgulloso... Aunque no comprendas, créeme, tus hijos luchan por una causa justa: mantener el orden y la paz. Esos rebeldes quieren destruir el país.

AYACUCHO.- “pírdona, señor, pero mes hijos también luchan in el otro lado”.

LA SERNA.- Lo sé Ayacucho, lo sé, han engañado a muchos indígenas, pero mañana esto se calmará. Quédate aquí, tú mismo lo verás desde este cerro, el Condorcunca, así lo llamas ¿verdad? ¿Qué quiere decir?

AYACUCHO.- “In quechua, Condorcunca quieri decir cuello de cóndor, qui como oste sabes está siempre pelada”.

LA SERNA.- Ah... ya veo, es la parte débil del cóndor. Será como el tendón de Aquiles.

AYACUCHO.- “Yo no conozco a esi animal aquiles, piro te digo que pa’cogir al cóndor de so cuello hay que ser moy ser macho”.

LA SERNA.- Y nosotros somos muy machos. Mira de aquí se domina la Pampa de la Quinoa. Mañana verás peleando a españoles, criollos, y mestizos, junto con tus fieles hijos... Tu no serás espía, ¿verdad?

AYACUCHO.- “No, señor, yo soy Ayacocho”.

LA SERNA.- Ja. Ja. Ja. Bueno Ayacucho, quédate y verás nuestra victoria. (*llamando con la mano al capitán Quintanilla*). Cuidad que este indio no salga de aquí hasta el final de la batalla. (*el virrey se acerca a la mesa de campaña, ayacucho le sigue a cierta distancia*).

-¿Alguna noticia de Espartero?

CANTERAC.- No, Excelencia, todavía no.

MAROTO.- (*saludando militarmente*) Mis respetos, Señor Virrey.

LA SERNA.- ¡Hombre! Mariscal, qué sorpresa de verlo, tengo mucho gusto que estéis aquí, aunque sinceramente preferiría que fueseis Espartero. Tengo noticias de que debe llegar de España en estos días, y entonces veréis que España no abandona a sus hijos...

VALDÉS.- (*interrumpiendo*) No es España, son sus gobernantes que sólo se preocupan de seguir montados en el poder.

LA SERNA.- (*ignorando lo oído*) ... Vendrán, digo, carabinas inglesas, renovada artillería, y soldados profesionales, esos veteranos que quedan de la guerra contra Francia. No enviarán más criminales ni rateros como los que trajo Maroto en el Regimiento Talavera.

MAROTO.- No fue mi culpa, Excelencia, lo sabéis muy bien.

LA SERNA.- No quise ofenderos, Maroto, no hicisteis sino cumplir con vuestro deber. Repito, esa calaña no vendrá más.

VALDÉS.- Eso sería maravilloso, vosotros visteis en la guerra contra el invasor francés pelear a todas las clases sociales de España juntas. Sin embargo, para defender América enviaron sólo a lo más jodidos...

AYACUCHO.- (*luz sobre él, dirigiéndose al público*). “Yo creo-señoras y señores- que los más jodidos son los que viven aquí. Luchamos y morimos por defender causas que no entendemos”.

VALDÉS.- (*continúa*)...así es, han enviado a lo peor de nuestro pueblo.

LA SERNA.- Todo eso han sido errores del pasado. Valdés, sé bien que sois un leal y valeroso soldado, vuestros comentarios no han sido oídos por mí, así será mejor.

VALDÉS.- Pero, Vuestra Excelencia, no ha sido mi intención...

LA SERNA.- Lo entiendo querido amigo, sois muy impaciente y, a veces, demasiado vehemente. Maroto, decíme ¿cuál es la razón de su presencia en Ayacucho? ¿No pudo convencer al general Olañeta a cumplir mis órdenes?

MAROTO.- Peor que eso Excelencia. El general Olañeta me ha informado personalmente que desconoce vuestra autoridad como Virrey, alega que conspirasteis con otros generales para derrocar a vuestro antecesor, el virrey Pezuela. Dice haber enviado varios correos a España informando vuestros desatinos... estoy repitiendo sus palabras textualmente... y que se queda en las alturas del Alto Perú esperando instrucciones de nuestra Majestad, Don Fernando VII, El Deseado.

VALDÉS.- ¡Traidor! ¡Qué estúpido he sido! He debido acabar con él antes de venir a apoyaros.

CANTERAC.- Os dije, Valdés. Os lo dije.

LA SERNA.- ¡Callad!, Valdés cumplió mis órdenes eso es todo... no seáis tan impulsivos. Si lo que quiere Olañeta es una confirmación de mi virreinato, la tendrá apenas llegue Espartero, y así se le acabarán las dudas.

MAROTO.- Aún no habéis escuchado todo, Excelencia. Debéis saber aún, la razón principal por la cual he viajado tantas leguas para veros.

VALDÉS.- ¿Es qué ha hecho algo más esa rata?

CANTERAC.- Os lo dije, Valdés.

LA SERNA.- Le escucho Maroto. Proseguid vuestro informe.

MAROTO.- Regresando a Cuzco pudimos interceptar un correo de Bolívar a nuestro compatriota Olañeta. Leeré unos párrafos. *(saca la carta del sobre y lee despacio con cierta solemnidad)* “Al señor etc, etc. He tenido la satisfacción de saber que Vuestra Señoría ha decidido desprenderse de La Serna y su camarilla, ellos pretenden entregar al Perú a la extinguida facción constitucional. Un gobierno popular, como la Constitución Española pretende, es un monstruo de cien cabezas. El parlamento llamado Las Cortes, tendrá un poder tan absoluto como el primer déspota del mundo, quiere hollar la religión y el trono... “Dice después: “...una independencia constitucional sería opuesta a los intereses de todos...” y finalmente “...Lo invito a que ataque desde el Alto Perú uniéndose a nuestra campaña, de este modo nos aseguraremos la victoria, y Ud. habrá sido uno de nuestros más grandes auxiliares, por lo tanto será benemérito del Perú y de la América y yo os ofrezco una generosidad sin límites y la protección más cordial...” Firma: Simón Bolívar. Libertador de la República de Colombia, Encargado del Poder Dictatorial del Perú.

LA SERNA.- ¡La prueba que necesitamos!

CANTERAC.- ¿Para acusar a Olañeta?

LA SERNA.- ¡No hombre! ¡No! Olañeta no es el enemigo.

VALDÉS.- Desenmascaramos a Bolívar. ¿Cierto?

LA SERNA.- ¡Exacto! Siempre lo dijimos, Bolívar es un bribón. Un simple ególatra que quiere ser rey absoluto de las américas. ¿Veis por qué luchamos? Luchamos por la verdadera libertad de los pueblos. Por un gobierno constitucional. Por eso venceremos mañana y siempre. Nosotros somos los verdaderos defensores de este pueblo. *(dirigiéndose a Ayacucho)* Nosotros, ayacucho, te defenderemos de los tiranos.

AYACUCHO.- “Si osté lo dices...” *(al público)*. Todos los que antes han dicho eso, están bien muertos, y con ellos miles de mis hijos; así acabaron Tupac Amaru y Pumacahua, entre otros. Si mis hijos no participaran en esta guerra el asunto ya hubiera acabado. Ya ven Uds. Nuestro dilema, los españoles no están unidos y quieren mantener el colonialismo, y los otros que dicen: “Te vamos a romper las cadenas”, quieren implantarnos el absolutismo de un dictador.

-(Dirigiéndose a La Serna) “Si osté dices que nos van a salvar, porque puis, no pilean solos y mi devuelves a mis hijos”.

LA SERNA.- Ay, Ayacucho, no entiendes nada... o... creo que estás poniéndote muy listo... pero...igual vamos a defender tus derechos.

-Generales, Bolívar es el peor tirano y el mayor embustero de América, mañana le mostraremos al mundo tal como es. Será derrotado por tratar de traicionar a un pueblo ingenuo. Ahora, lo urgente es la batalla de mañana. ¿Cómo se encuentra la tropa, señor Canterac?

CANTERAC.- Está cansada, muy cansada V.E., tened en cuenta que hace dos meses venimos hostigando al enemigo.

VALDÉS.- Más cansados están lo rebeldes, les faltan piernas para continuar evitando un encuentro final.

CANTERAC.- Cierto, Valdés, pero ya nos hacen falta alimentos. No podríamos continuar esta campaña en las actuales condiciones.

VALDÉS.- Peor están ellos. He sabido que los indios les han robado todo su ganado y les han escondido granos y forrajes.

AYACUCHO.- *(al público)* ¿Robado? ¿Escondido? Sólo hemos recuperado una pequeñísima parte de lo que nos han quitado. Si pudiésemos, también recuperaríamos lo que tiene este bando.

LA SERNA.- ¿Y nuestros jefes y oficiales? ¿Qué opinan ellos?

CANTERAC.- Todos los jefes son españoles, Excelencia, y harán lo que se les ordene.

CANTERAC.- ¡Sí! Mañana debe ser el combate.

VALDÉS.- Excelencia, creo que sería mejor continuar esta campaña una semana más... bueno... *(más seguro)* Sí, Señor Virrey, estamos en inmejorables condiciones físicas y morales para triunfar mañana.

LA SERNA.- Señores, mañana será nuestro mayor triunfo. Hemos defendido estas tierras por más de 14 años, en ese lapso ha caído México, Colombia, Venezuela, Argentina, Quito y Chile, pero en el Perú, las armas españolas, gracias al esfuerzo de vosotros, han mantenido a esta nación fiel a la Patria...

AYACUCHO.- (*al público*) El Virrey se olvida de los que verdaderamente luchan en el campo de batalla. Juzgen Uds. mismos este caso; de los nueve mil y tantos realistas que pelearán mañana, ocho mil quinientos son peruanos. Han sido igual en otras batallas.

LA SERNA.- ... me gustaría brindar con champaña francesa, pero temo que tengamos que esperar a llegar a Lima. Ya hablaremos de los limeños y su política frívola y veleidosa. ¡Qué cabrones son...! Pero volvamos a la batalla.

CANTERAC.- La caballería y la artillería deberán tener mucho cuidado al descender este cerro, la cuesta es muy empinada, los caballos tendrán que zigzaguear y ser llevados muy cortos de riendas. Podríamos estar expuestos a tiroteo sin poder contestar el fuego.

VALDÉS.- La artillería, para tener fuego eficaz, tendrá que emplazarse en las faldas del cerro.

CANTERAC.- Todos nuestros movimientos requerirán mucha coordinación y disciplina.

VALDÉS.- La infantería que va a ir primero deberá esperar a estar totalmente reunida abajo, antes de comenzar el ataque.

LA SERNA.- ¿Qué más?

CANTERAC.- Valdés y yo recomendamos dividir nuestro ejército en tres divisiones. La primera división tomaría la parte derecha (*indicando con su brazo derecho el lado izquierdo de la platea*) donde el declive es menor bajaría, pues, más rápido y tomaría la iniciativa en el combate.

VALDÉS.- Parte de la caballería iría atrás apoyando a la infantería y vigilando cualquier movimiento envolvente a nuestras filas de ataque.

CANTERAC.- Llevará cuatro cañones que cubrirán el centro de la pampa.

LA SERNA.- Es lógico, atacamos primero por la derecha y martillamos con nuestros cañones el centro.

CANTERAC.- ¡Exacto! (*mirando a la platea y señalando claramente la orientación con sus manos*) Sigamos: La segunda división llevará el grueso de la artillería y atacará por la izquierda. A la vanguardia de esta división irá el batallón Imperial. El coronel Rubin de Celis está feliz por sus últimos triunfos frente a ese jovencito, dizque general, Córdova. Después cerraremos la tenaza.

VALDÉS.- Finalmente, la tercera división entrará en combate por el centro, su descenso será más lento debido a lo difícil del terreno. Su misión será terminar la batalla y perseguir a los que huyan

LA SERNA.- Os felicito. Yo no podría agregar nada más. Se nota vuestra experiencia aprendida en la guerra contra la invasión francesa. ¿Tenéis sugerencias para el comando de las divisiones?

VALDÉS.- Si, V.E. Yo desearía dirigir la iniciativa del combate comandando la primera división. Siempre he tenido, como sabéis, el honor de estar a cargo de la vanguardia.

CANTERAC.- Con todo respeto V.E., yo desearía dirigir a la segunda división y Monet estaría a cargo de la tercera.

MAROTO.- Qué bien os habéis repartido los mandos. (*a parte*) Creo que Olañeta tiene razón, estos masones son una peligrosa camarilla.

-Excelencia, si necesitáis mis servicios, estaré muy honrado en cumplir vuestras órdenes.

CANTERAC.- Lo siento, Maroto, pero aquí lo que sobran son generales.

LA SERNA.- (*un poco molesto*) Quiero recordaros que soy yo, el Jefe del Ejército, y yo, dispondré los mandos a mi mejor criterio. Valdés tomaréis en efecto la primera división y la iniciativa en el ataque. Canterac, como Jefe que sois del Estado Mayor estaréis conmigo en la dirección del combate.

CANTERAC.- Conozco muy bien mi puesto, señor Virrey, creo, sin embargo, que sería de mayor provecho utilizar mi brazo en el frente de batalla... Quiero quitarme el mal sabor de Junín. Os pido el honor de combatir personalmente.

LA SERNA.- Canterac, el verdadero honor es hacer lo que el deber obliga, y no lo que la pasión desea. Habrá que sacrificar la cuestión personal en beneficio de los va-

lores nacionales. El honor que buscáis, lo encontraréis cumpliendo mis órdenes. Mirad, necesito conmigo un general con vuestra experiencia. Mis 55 años, además estarán más tranquilos a vuestro lado- Sr. Teniente General, esto es una orden. El general Villalobos será el jefe de la segunda división. La tercera división estará...

SARGENTO.- (*entrando de prisa*) Excelencia, con vuestro permiso, un español disfrazado de indio que dice ser el brigadier Ferraz ha sido detenido por la ronda. Tiene urgencia de hablar con Vuestra Excelencia.

LA SERNA.- ¡Traedlo pronto! Es el ayudante de Espartero. ¿Ya veis hombres de poca fe? ¡España responde! La pacificación de estas tierras comienza hoy.

AYACUCHO.- (*al público*) Estas tierras estaban pacíficas antes que estos y los otros viniesen. ¿Cuántos miles de ayacuchanos habrán de morir para pacificar lo que estaba pacífico? Malos presagios tengo cuando predicen la paz los que invaden mi tierra.

FERRAZ.- (*entra vestido de indio: poncho, chullo y ojotas*). Vuestra Excelencia, qué alegría de veros. Señores Generales, mis respetos. Disculpas este disfraz, fue preciso hacerlo para evitar ser tomado preso. Admito que se ve ridículo que un blanco se disface de indio.

AYACUCHO.- (*al público*) Yo creo más ridículo ver a un indio disfrazado de blanco.

LA SERNA.- ¡Contad! ¡Contad! Brigadier, ¿qué buenas nuevas me traéis de Espartero?

FERRAZ.- Temo que son muy malas. La situación de España es alarmante.

MAROTO.- ¿Ha caído o... acaso ha muerto el Rey?

FERRAZ.- Peor que eso. Vive y goza de muy buena salud.

MAROTO.- ¡Bendición! Menudo susto me disteis. ¡Nuestro “Deseado” está a salvo! Señores (*hincándose*) demos gracias al Señor. Gracias te damos Señor por...

LA SERNA.- Maroto, levantaos, daremos gracias más tarde. Decidme, Ferraz, ¿qué paso con los refuerzos? ¿Dónde está Espartero? ¿Porqué han tardado tanto?

FERRAZ.- Comenzaré tratando de contestar lo último. El retraso, Excelencia, se debió a la imposibilidad de conseguir una audiencia con el Rey o con sus consejeros. Siempre fuimos despedidos con gran cortesía, pero sin ser escuchados. Así pasmos dos largos meses antes de ser recibidos por el Rey.

CANTERAC.- ¿Dos meses? ¡Qué ignominia! ¿No se dan cuenta que van a perder el último virreinato de América?

VALDÉS.- ¡Qué desgracia!

LA SERNA.- ¡Callaos! ¿Cómo fue la audiencia con el Rey?

FERRAZ.- Espartero entró a la Sala del Consejo lleno de confianza. Estaba convencido que iba a esgrimir argumentos suficientes para obtener la ayuda necesaria. La primera frase del Rey fue alentadora, le dijo: “Tomad todo el tiempo que sea necesario para explicarnos lo que

ocurre en el Perú”. Espartero comenzó con voz segura su brillante exposición. “Vuestra Majestad, tengo el penoso deber de deciros, a nombre del virrey La Serna, que vuestro último virreinato en América se perderá pronto a no ser que se ordene una inmediata ayuda”. Espartero dijo todo lo que se debía decir sin interrupciones. Al finalizar, el Rey le felicitó por su claro mensaje y ordenó se confirmase por decreto real todos los actuales cargos y ascensos, a Vuestra Excelencia lo confirmó como virrey y a vosotros los últimos grados que lleváis. Además les otorgó las más altas condecoraciones: V.E. es ahora Conde de los Andes...

TODOS.- ¡Enhorabuena! ¡Felicitaciones!

FERRAZ.- Señor Canterac, sois ahora Conde Casa Canterac, y el Mariscal de Campo, Valdés, fue nombrado Conde de Torata.

TODOS.- ¡Bravo! ¡Enhorabuena! ¡Viva Canterac!
¡Viva Valdés! ¡Viva La Serna!

FERRAZ.- (*impaciente*) No os alegréis tanto! ¡Dejadme terminar! Nuestra Majestad, el Rey. Le encomendó a Espartero felicitaros por haber defendido durante 14 años la corona española y dicho esto (*grita con desesperación*) **DIO POR TERMINADA LA AUDIENCIA Y SE RETIRÓ.**

LA SERNA.- (*sin entender*) ¿Qué? ¿Y los refuerzos?

FERRAZ.- ¡Nada! ¡Absolutamente nada! No se envió nada. El Ministro de Estado, Marqués Casa de Irujo, dijo posteriormente: “El Perú es una país rico, si puede fi-

nanciar a los rebeldes, con más razón pagará los gastos militares de quienes los defienden”.

LA SERNA.- ¿Y las tropas españolas?

FERRAZ.- Similar respuesta: “Los peruanos, sabrán escoger bien por quién luchan, vosotros conocéis mejor que nadie su valentía...”

AYACUCHO.- (*al público*) El señor de allá conoce bien nuestra valentía, pero en cuanto a saber por quién luchar, está equivocado, aquí nunca lo hemos sabido. Creo que por eso luchamos siempre por los dos bandos, y sin embargo no ganamos, siempre hemos perdido.

FERRAZ.- (*continuando*)... ofrecieron a Espartero la Capitanía General de Extremadura...

MAROTO.- Y se quedó el mensajero a buen recaudo. La traición no tiene rangos.

FERRAZ.- Os equivocáis Mariscal, Espartero no aceptó el nombramiento esta invitación y ordenó a sus ayudantes regresar con él. Antes, sin embargo, pudo convencer a los pocos amigos que quedan en el ejército, a ayudarnos. Hemos traído 240 modernas carabinas inglesas y gran cantidad de parque. Todo esto desgraciadamente, corre peligro, el puerto de Quilca donde desembarcamos está sitiado. Espartero me dijo: “Dígale al Virrey que la crisis temporal de España no debe desalentarle, esta crisis pasará. No se puede retener el deshielo de las nieves en verano, y ya estamos entrando en él”.

LA SERNA.- (*restableciendo la serenidad*) Espartero tiene razón. La situación de España se arreglará algún día

y es nuestro deber y honor el resistir este contratiempo. Guardaremos a esta nación para el día en que nuestra Patria entienda el gran favor que hicimos en mantenerla fiel a la corona. Brigadier, mañana comandaréis la caballería. Creo que a pesar de vuestras fatigas estáis más fresco que nosotros. Acabada la batalla tomaremos algún general enemigo como rehén y lo canjearemos por Espartero, si es que lo hubiesen tomado ya preso. Ahora descansad y vestios apropiadamente. *(acercándose a él, a solas)* ¿Y nuestros amigos liberales?

FERRAZ.- Todos presos, asesinados o exiliados, pero ya os contaré. Hay moros en la costa. ¡Cuidaos!

LA SERNA.- Entendido. *(Ferraz, saluda militarmente y se retira, el Virrey se dirige a la mesa)* Escuchadme, la mala noticia no debe salir de aquí. Mariscal de Campo, Maroto.

MAROTO.- A vuestras órdenes, Excelencia.

LA SERNA.- Descansad un poco con nosotros, y partid antes del anochecer al Alto Perú. Llevad este Real Decreto a Olañeta en el cual me confirman como Virrey del Perú, ahora no tendrá pretextos. Si Olañeta insiste en desobedecer mis órdenes, tomadlo preso y fusiladlo en el acto. Tened cuidado, no aceptéis dilataciones, a la menor muestra de duda, lo apresáis y ejecutáis.

MAROTO.- Excelencia... ¿Y si me espero hasta mañana? La victoria hará más contundente vuestro argumento.

LA SERNA.- El triunfo de mañana no sólo es posible, es *(pronunciando lentamente)* inevitable. Generales, ¿lo creéis así?

TODOS.- *(con gran entusiasmo)* ¡SI! ¡SI! ¡Triunfaremos! ¡Viva el ejército español! ¡Viva La Serna!

LA SERNA.- Gracias señores. España, algún día, os agradecerá como merecéis. Estoy orgulloso de vosotros. Capitán Quintanilla, ¿tenemos que beber?

QUINTANILLA.- He podido conseguir del pueblo algo de chicha de jora. Como sabéis es la bebida de la región.

LA SERNA.- Gracias Capitán, siempre os las apañáis bien. ¡Venga la chicha! ¡Ah!, Ayacucho, ven brinda con nosotros. *(los soldados sacan de un baúl, tarros de metal y el capitán trae dos jarras grandes con chicha. Ponen todo sobre la mesa y los generales se sirven)*

AYACUCHO.- *(se sirve)*“Gracias, Señor. Por Ayacucho pues”.

TODOS.- Bravo! ¡Por Ayacucho! ¡Salud! ¡Viva Ayacucho!

AYACUCHO.- *(dirigiéndose a los soldados)* Uds. hijos míos, cuidense mañana. Recuerden bien, esta no es nuestra guerra. Tenemos, todavía, un largo camino para lograr la verdadera independencia. Necesitaremos muchos hombres.

SOLDADOS.- Sí, tayta Ayacucho, nos cuidaremos

SARGENTO.- *(entra corriendo, con voz excitada)*.Un parlamentario enemigo pide hablar con Virrey de parte del general Sucre.

CANTERAC.- ¡Fusiladlo! Viene a espiar.

LA SERNA.- Canterac, estáis bromeando. Hacedlo subir, que vea bien nuestra artillería. Si viene a espiar encontrará buenas razones para salir atemorizado.

MAROTO.- Estos mensajeros me ponen nervioso.

AYACUCHO.- (*al público*) Yo quisiera ser mensajero sólo de buenas noticias.

CASTILLA.- El General en Jefe del Ejército Unido Libertador, Don Antonio José de Sucre, por mi conducto, les saluda respetuosamente y quiere solicitar el permiso del Sr. Virrey La Serna, es Ud., ¿verdad, Señor?, (*La Serna hace un gesto afirmativo*) desea, como dije, enviar a los generales Córdova y La Mar a conferenciar con Ud. sobre temas de urgente necesidad.

LA SERNA.- ¿Y cuáles son esos temas tan urgentes para discutir, a pocas horas de la batalla? Vosotros, no os escaparéis esta vez.

CASTILLA.- No sé cuáles son los temas, Excelencia, pero le aseguro por mis padres, que no hay la menor intención de salir de Ayacucho sino es como un ejército victorioso.

MAROTO.- ¿No os habéis equivocado de ejército, Castilla? Vos combatisteis conmigo en Chile, Chacabuco ¿lo recordáis, Castilla? (*a La Serna*) Este es otro de los traidores.

CASTILLA.- Es verdad, luché a su lado, general, cuando no había cumplido 20 años. Ahora me he dado cuenta de que lucho por mi verdadera Patria.

MAROTO.- Vos sois un...

LA SERNA.- (*interrumpiendo*) Esperad abajo nuestra respuesta. Puede retirarse ahora, Señor Castilla.

CASTILLA.- Con su permiso, (*sale acompañado por el sargento*).

LA SERNA.- Maroto, de nada sirve discutir con estos pobres diablos, son el reflejo de la La Mar, el verdadero traidor. ¿Dijo que también desean enviar a Córdoba? ¿Qué puede discutir conmigo un muchachito de 20 años?

MAROTO.- (*tímidamente*) Córdoba tiene 24 años, Excelencia.

LA SERNA.- (*molesto*) Da igual, 20 o 24 años. Yo no quisiera hablar con ninguno de ellos. Si hay algo importante debía ser el mismo Sucre que se presente ante mí. ¿Qué opináis, Canterac?

CANTERAC.- De acuerdo, Excelencia, yo tampoco creo que debemos verlos antes de la batalla. A no ser que... (*dudando y moviendo la cabeza*) a no ser que...

VALDÉS.- (*decidido*) A no ser que quieran una tregua. ¡Hombre! ¿No os dais cuenta? Esos colombianos están agotados.

CANTERAC.- Creo que Valdés tiene razón.

MAROTO.- Sí, tiene razón. Quieren una tregua. Y creen que nos engañarán con alguna triquiñuela.

LA SERNA.- (*reflexionando*) Es posible, yo no estoy muy seguro de eso. Supongamos que así sea. ¿Deberíamos recibirlos?

VALDÉS.- Yo creo que sí, Señor Virrey. Les escuchamos y les decimos que no, eso es todo. De este modo saldrán avergonzados y desmoralizados al ver nuestra determinación. Sólo aceptaremos una rendición incondicional.

LA SERNA.- Disculpad, Valdés, yo no puedo aceptar tratos con un jovenzuelo de 20 años.

MAROTO.- (*tímidamente*) Córdoba tiene 24 años, V.E.

LA SERNA.- (*molesto*) Ya os lo he dicho, 20 o 24 es igual. Yo soy el Virrey del Perú, Teniente General del Ejército Español que ha ganado sus galones y sus 55 años de edad luchando contra verdaderos generales. Yo no puedo negociar con un imberbe.

VALDÉS.- (*hablando pausadamente*) Tenéis razón, Excelencia, no necesitaréis discutir con ellos, lo podía hacer Canterac, vuestro Jefe de Estado Mayor.

CANTERAC.- Claro, yo lo podría hacer. Si algo no saliera bien, siempre tendría la salida de no estar autorizado a firmar ningún acuerdo sin vuestra venia.

LA SERNA.- ¡Sea! Me habéis convencido.

(*Llamando con la mano al capitán que está de guardia a una distancia prudente*). Capitán Quintanilla, avisad al emisario que el Jefe del Estado Mayor del Ejército del Virreinato del Perú, Teniente General José de Canterac, tendrá a bien recibir a los generales La Mar y Córdoba.

QUINTANILLA.- Sí, Excelencia, inmediatamente.
(*vase*)

LA SERNA.- Confieso que tengo gran curiosidad de hablar con el traidor de La Mar.

CANTERAC.- La Mar es una mierda. Excelencia. Nos traicionó de la forma más perra. Abandonó el fuerte Real Felipe sin disparar una bala.

VALDÉS.- Yo quise mucho a La Mar, fue para mí como un hermano mayor. Me enseñó a luchar en el sitio de Zaragoza, protegió a toda su tropa arriesgando varias veces su vida, le vi caer herido al final de la batalla.

MAROTO.- La Mar fue muy valiente en el sitio de Zaragoza, pero ¿quién no lo fue? Yo estuve allí. ¿no te acuerdas? Y al Virrey también lo hirieron, ¿no es así?, Excelencia?

LA SERNA.- Así fue, Maroto. ¡Si no lo recuerdo todavía!

VALDÉS.- Lástima que La Mar nos haya abandonado. Fue un soldado honrado y valiente.

CANTERAC.- La Mar es un traidor, es una mierda.

LA SERNA.- Lo que dice Canterac es verdad, La Mar nos traicionó. Yo, sin embargo, me he quedado intrigado siempre de sus razones. ¿Por qué lo hizo? Tenía las condecoraciones más altas del ejército. Era estimado y querido por todos. Si encuentro una oportunidad me gustaría hablarle. Tengo el presentimiento que mañana será un día fatal para él.

AYACUCHO.- *(al público)* Cosa rara el presentimiento, a veces no se le descifra bien, y nos da más de un susto.

LA SERNA.- *(mirando abajo)* Ya se acercan. Soldados, poned unas sillas en aquel lado. *(señala un sitio algo alejado de la mesa. Entra Córdova, uniforme de campaña, chaqueta desabrochada, su camisa blanca abierta hasta el pecho, botas de caballería, sable y un sombrero ancho de paja. La Mar, elegante uniforme de general con capa y sombrero de pico. Vienen con ellos dos soldados patriotas con alabardas).*

QUINTANILLA.- *(anunciando con gran voz)* Los generales, Córdova y La Mar. *(se ponen todos de pie, menos el Virrey, se saludan militarmente)*

CÓRDOVA.- El general Sucre me ha honrado al enviarme a saludarles. Desea comunicarles la viva intención que tiene de evitar un nuevo derramamiento, innecesario, de sangre...

AYACUCHO.- *(al público, indignado)* Los que han derramado más sangre son mis hijos, ahora resulta que ha sido innecesario. *(mira a los soldados patriotas que han llegado y los reconoce)* ¡Hijos míos! ¡Qué gusto de verlos! *(ellos dan muestra de alegría pero siguen en posición, firmes).*

CÓRDOVA.- *(continúa)*... El general La Mar, muy conocido por Uds., ha venido, también, para abundar en razones que, estoy seguro, entenderán bien.

CANTERAC.- En representación del Virrey, os doy la bienvenida. Os ruego seguirme. Los generales Valdés y Maroto nos acompañarán. *(Canterac, comienza a dirigirse al lugar ya preparado, seguido de Córdova y de La Mar).*

LA SERNA.- *(con voz autoritaria primero y después algo cortés)* ¡La Mar!... permitidme unas palabras.

LA MAR.- Con gusto, señor Virrey. *(llamando a Córdova)* Córdova, prosigue, te acompañaré en seguida.

VALDÉS.- *(a Canterac)* Yo estaré con vosotros en un minuto.

(Canterac Córdova y Maroto se retiran al lugar donde están las sillas ya dispuestas. La Mar se acerca a la mesa donde La Serna sigue sentado, Valdés se pone a un costado del Virrey, Ayacucho se sienta en el suelo)

LA SERNA.- *(nervioso)* Una sola pregunta, La Mar, decidme, ¿por qué nos traicionasteis?

LA MAR.- ¿Quién ha traicionado a quién? ¿No es verdad que luchamos cinco años contra la invasión napoleónica? ¿Y... no ha sido todo esto en vano? Todo es un asco. Peleamos para derrocar al hermano de Napoleón, que habían ridículamente impuesto como Rey de España. Queríamos que regresase nuestro Fernando VII.

LA SERNA.- Así es, en estos tristes años nuestras esperanzas estaban puestas en nuestro Rey en Las Cortes de Cádiz, que redactaban una constitución liberal.

LA MAR.- Ya ve Ud. ahora yo le pregunto, ¿quién traicionó España? ¿No fue acaso el mismo Fernando VII, que al regresar juró la Constitución, y a los pocos meses

inició una campaña de terror contra todos los líderes que lucharon por regresarle a la Patria? No, La Serna, no me hable Ud. de traición. ¿Sabe Ud. la última cosa que ha hecho su Rey? (*gritando*) Pues ha llamado a los franceses para encarcelar a los mismos que lucharon por traerlo a casa. Ha negado la Constitución que juró y España está manejada, una vez más, por los fanáticos de la Inquisición, que ha sido restablecida.

VALDÉS.- Pero tus compañeros de armas en el Perú, tienen acaso la culpa de lo que pasa ahora en España.

LA MAR.- Hablemos de lo que pasó en el Perú. Ud., La Serna, depuso a Pezuela. Recordará que fui yo el que preparó el acta de renuncia, ¿verdad?

LA SERNA.- Sabéis bien que eso fue necesario.

LA MAR.- Lo que fue necesario es que las ideas constitucionalistas a la que tantas veces en nuestra logia acordamos defenderlas, hayan sido abolidas en España, y Ud. mismo, La Serna, las ha abolido en el Perú. Ahora, díganme, ¿quién es el traidor, Uds. o yo?

LA SERNA.- Yo nunca he traicionado mi Patria, y jamás lo haré. Obedezco órdenes, ese es mi deber y mi orgullo.

VALDÉS.- ¿Por qué abandonaste el Real Felipe del Callao sin disparar un tiro?

LA MAR.- Escucha, Valdés, no exagero al decir que tú eres el mejor general español, valiente, inteligente y muy sagaz. Tú lo sabes bien, y lo ostentas. Tu tropa te sigue fielmente, pero todavía no has entendido el verdade-

ro valor de la vida ajena. A mí me dejaron en el Real Felipe con alimentos para tres días, dijeron que iban a enviarme refuerzos por mar o por tierra. Nunca llegó nada. Canterac se acercó pasados quince días pero no hizo un esfuerzo suficiente para entregarnos vituallas. Resistimos un mes más y entonces yo, como responsable de mis hombres, decidí rendirme a San Martín. Lo otro hubiera sido llevar a la muerte a miles de soldados leales, e imponer luto y hambre a sus familias. Todo por una patriotada. (*con sarcasmo*) ¡Lucharemos hasta el final! Me pregunto, ¿el final de quién? ¿Del jefe? Eso es fácil decirlo, pero no es tan fácil cuando se decide la vida de los que te ha sido fieles.

VALDÉS.- No me convences con tanta palabrería, yo hubiera hecho pagar cara la derrota. Mi sacrificio y el sacrificio de mis subordinados sería el precio a pagar por una victoria final. (*con ira*) Mira como Rodil defiende hoy el fuerte Real Felipe, a pesar de estar sitiado tantos meses.

LA MAR.- ¿Sí? Y ¿cuál es el precio que Rodil ha pagado? ¿Dos mil muertos? ¿Tres mil?, y eso que Uds. lo dejaron muy bien pertrechado. No, Valdés, tú no comprendes que el valor de la vida humana está por encima de todo.

VALDÉS.- ¿Por encima de la bandera española? (*apasionadamente*) Eso nunca. ¡Jamás!

LA SERNA.- (*desalentado*) No lo convenceréis con palabras, Valdés. La Mar ha cambiado totalmente, mañana lo convenceremos con la artillería.

LA MAR.- Amigos, siento profundamente haberles defraudado, mas creo que son Uds. los que se engañan a sí mismos.

LA SERNA.- No habéis satisfecho mi curiosidad, guardáis bien vuestras cartas. Mañana os arrepentiréis. *(resignado a abandonar la discusión)* Veamos... bueno... mientras esperamos al jovencito que ha venido con vos, lo único que puedo ofreceros, es esta chicha. Si deseáis un vaso...

LA MAR.- Me encanta la chicha, sin embargo os he traído un pequeño obsequio en memoria de otros buenos tiempos. Es una botella de cognac francés. *(ordenando)* ¡Soldado!, dame una botella. *(el soldado patriota, la saca de su morral y la pone sobre la mesa, La Mar la abre y sirve).*
Salud, por Uds.

LA SERNA.- *(hablando solo)* Cognac francés, en la cumbre de los Andes y brindando con un traidor. *(se dirige al visitante).* Salud, La Mar, *(con ironía)* por vuestra imperturbable conciencia.

LA MAR.- A la salud de nuestra antigua amistad.

VALDÉS.- A la salud de las armas españolas. *(beben, La Mar se quita su capa y obedece al gesto del Virrey invitándolo a sentar. Valdés también se sienta. Siguen conversando en forma fría pero cortés).*

ESCENA TRES

AYACUCHO.- (*habla con los soldados patriotas*)
Ahora que se divierten los jefes podemos hablar en quechua. (*con profunda tristeza*) Hijos, me tienen muerto de pena, ¿no se dan cuenta que los están engañando? Mañana pelearán Uds. contra sus hermanos. No importa quien gane, habrá sin duda más muertos ayacuchanos en el campo de batalla que ninguna otra raza. Nuestro pueblo va a perder de todas maneras. ¿Por qué no se escapan y dejan que los blancos y mestizos se las arreglen entre ellos?

SOLDADO PATRIOTA, UNO.- Tayta Ayacucho, ¿por qué no le dices eso a nuestros hermanos, los que pelean por el Virrey?. Ellos son los que luchan contra la independencia del Perú.

AYACUCHO.- También les he hablado de igual forma. Ellos están muy vigilados y temen escaparse. Les han dicho que Uds. están peleando contra Diosito y contra el Perú. Díganme ¿qué ganaremos con independizarnos?

SOLDADO PATRIOTA. DOS.- (*habla con pasión*)
La Independencia nos dará libertad, acabará la explotación de nuestro pueblo, recuperaremos la tierra y las minas de nuestros antepasados. Tayta Ayacucho, a partir de mañana, tú serás respetado por todos.

AYACUCHO.- (*resuelto*) Por todos, ¡No! Muchos de Uds., mis adorados hijos, morirán antes de guardarme respeto alguno, y en cuanto al respeto de los demás, bien puedo vivir sin él.

SOLDADO PATRIOTA, UNO.- Mira, tayta Ayacucho, este es un bando del Primer Congreso Constituyente en quechua.

AYACUCHO.- Y tú, ¿cómo sabes lo que dice, si no has aprendido a leer?.

SOLDADO PATRIOTA, UNO.- Lo leen los jefes muchas veces al día. Ya nos los sabemos de memoria.

SOLDADO PATRIOTA, DOS.- Dice aquí que el Congreso tiene la misma y aún mayor soberanía que la de nuestros Incas.

AYACUCHO.- No lo creo.

SOLDADO PATRIOTA, UNO.- Acá dice: “Vais a ser nobles, instruidos, propietarios y tendréis representación entre todos los hombres”

AYACUCHO.- Ver para creer.

SOLDADO PATRIOTA, DOS.- ¡Qué desconfiando! Mira, este bando dice también algo para ti, Ayacucho: “Esperad muy breve el cumplimiento exacto de estas promesas, que no son seguramente como los falsos ofrecimientos del gobierno español”.

AYACUCHO.- Entonces, miente. Los limeños nos desprecian más que a nadie, se burlan de nosotros. Descon-

fién de ellos, siempre. Tenemos que hacer las cosas de otro modo.

SOLDADO PATRIOTA, DOS.- *(dándole el papel)*
Dinos, tayta ayacucho, ¿por qué bando, crees tú, debemos pelear?

AYACUCHO.- *(con rabia)* Por ninguno, hasta que no tengamos alguien de nuestra raza digno de dirigirnos.

SOLDADO PATRIOTA, UNO.- Pero, ¿no son peruanos los de la capital?

AYACUCHO.- No lo sé. Lo que sí sé, es que son limeños.

SOLDADO PATRIOTA, DOS.- Estás muy pesimista, tayta Ayacucho, mañana recuperaremos la libertad, el honor, y nuestras riquezas.

AYACUCHO.- *(casi llorando)*Mañana enterraré a muchos de mis hijos y en cada tumba dejaré mi corazón. No tendré fuerzas para consolar sus viudas, ni dinero para alimentar a sus huérfanos. *(canta)*

Para todos hay mañana,
sólo para mí no hay cuando.
sólo para mí no hay cuando.

(Ayacucho sigue conversando con sus hijos, los acaricia como si fueran niños)

ESCENA CUATRO

(Córdova, Canterac y Maroto, sentados son caras muy serias, Córdova se pone de pie)

CÓRDOVA.- *(abriendo los brazos, concluyendo sus argumentos)*... en vista de todo lo expuesto, se puede constatar, que Uds. no tienen otra alternativa que la de rendirse, evitando así un inútil derramamiento de sangre. Nosotros les otorgamos la más honrosa...

CANTERAC.- Ja, Ja, Ja. *(se ríe estruendosamente, como si tuviera un acceso de risa, Maroto lo hace fingidamente)* Tengo que reconocer que vosotros, los venezolanos, tenéis el mejor sentido de humor del mundo.

CÓRDOVA.- *(ofendido)* Yo soy colombiano, Sr. General.

CANTERAC.- Os han contagiado, Córdova. Ja. Ja. Ja. Os han contagiado.

CÓRDOVA.- *(muy molesto)* Por ese idiota orgullo español, sacrificarán muchas vidas.

CANTERAC.- *(con tono patriarcal)* No, mi joven general, lo que sucede es que vosotros no tenéis la más remota posibilidad de triunfar mañana. General Córdova,

después de haber estado frente a frente por casi dos meses, ya no tenemos secretos entre nosotros. Seamos honestos caballeros, os tenéis que batir mañana o rendiros hoy. Estamos perdiendo el tiempo. (*mirando a la mesa*) Nuestros camaradas la pasan mejor que nosotros, veo una botella de licor sobre la mesa. Vayamos a ayudarles.

CÓRDOVA.- aun si perdiésemos mañana, Uds. tienen toda América en contra. Vendrán a reemplazarnos nuestros hermanos venezolanos, colombianos, chilenos, argentinos, mexicanos...

MAROTO.- Puede seguir llamándolos, General, pero ellos no vendrán. Todos los territorios separados de la Corona se matan en revoluciones internas. La independencia les ha traído caos y confusión. Nos hemos enterado, por ejemplo, que el Congreso de Colombia ha prohibido a Bolívar dirigir tropas de ese país en el Perú. Por eso regresó a Lima, y lamentablemente también, por eso se nos escapará mañana.

CÓRDOVA.- (*con frustración*) Están ciegos, ¿no ven la presión internacional? Casi toda América ya es libre. El Perú lo tendrá que ser muy pronto. No se podrá escapar al mandato histórico.

CANTERAC.- El único mandato histórico que cuenta es la boca de nuestros cañones. Lo siento por vos, Córdoba, sois un joven muy majo. Debéis tener la sangre andaluza. (*mirando otra vez a la mesa*) Creo que acabarán la botella sin nuestra ayuda.

MAROTO.- Los enemigos europeos envían algunos mercenarios. Nunca se comprometerían a mandar sus

ejércitos. No tenéis escapatoria, Córdoba. Sois vosotros los que debéis ahorrar vidas. Rendíos ahora.

CANTERAC.- Bien dicho, Maroto. Ahora, si me disculpáis, demos por terminada esta conversación. Salud al general Sucre de mi parte, y mañana nos veremos en la Pampa de la Quinoa. Veamos, ahora, si han dejado algo.

CÓRDOVA.- Bien, vayamos, porque no he terminado. Hay otras noticias que debemos darles y es La Mar el más indicado para hacerlo. *(se acercan a la mesa)*

CANTERAC.- Señor Virrey, la visita del General Córdoba ha terminado. Ahorraré vuestro tiempo diciéndole que no he encontrado en ella nada que pueda cambiar nuestra decisión. Desearía vuestro permiso para saborear algo de esta botella de cognac *(sin esperar respuesta toma unos vasos, sirve y los alcanza a Córdoba y Maroto, él termina la botella asegurándose que cae la última gota)*. Estoy con suerte. Gracias, Excelencia.

LA MAR.- Córdoba, ¿has mencionado las nuevas noticias?

CÓRDOVA.- No, eso te lo dejé a ti, tal como acordamos. Será mejor que lo hablemos con el Virrey.

LA SERNA.- Señores, el Jefe de mi Estado Mayor tiene la autoridad suficiente para tratar con vosotros, *(separa y está listo a retirarse.)*

LA MAR.- Seré muy breve Señor Virrey, le queremos informar que hemos tomado preso al brigadier Espartero y...

LA SERNA.- (*inmutable y desafiando*) ¿Y qué? Mañana lo canjearemos por algunos de vosotros. Si esa es la gran noticia os habéis podido ahorrar el viaje. Os agradezco el cognac. Señores...(*hace un ademán de saludo*)

LA MAR.- ¡Un momento! ¡Déjeme terminar! Hemos tomado la correspondencia de la Corona. Aquí la traigo (*pide al soldado*) ¡Dame esos papeles! (*los pone sobre la mesa*)Uds. no recibirán ninguna ayuda de España, ni dinero, ni hombres, ni nada. España, ya da por perdido el Perú y se confirma lo que digo con el hecho de que ningún organismo español, y eso, Ud. Sr. Virrey, lo debe saber muy bien, había contestado sus cartas desde hace 4 años.

LA SERNA.- Señor La Mar, vuestras noticias, me tienen sin cuidado. España va a pasar esta crisis pasajera más rápido de lo que vosotros podéis imaginar, vos conocéis bien los cambios en la política.

LA MAR.- Uds. están perdidos. Sin ayuda de España no podrán durar más tiempo. El Perú entero pide la terminación de este conflicto. Uds. lo están desangrando. ¡Ah!, para acabar el cuadro, queremos informarle que Olañeta, el jefe español del Alto Perú, se ha comprometido con Bolívar a seguir desobedeciendo sus órdenes. No tienen escapatoria; aunque ganasen mañana no podrán salir del centro de los Andes.

LA SERNA.- (*sin perder la calma*) Veo que no estáis acostumbrado al cognac. Mirad, se está haciendo tarde y no deseo que os tropecéis a vuestro regreso; sin embargo, el único argumento que desearía que vosotros consideréis, es éste: ¿Os dais cuenta que peleáis por un bribón? Lo

único que desea Bolívar, es nombrarse rey, emperador o dictador vitalicio de los territorios separados de España.

CÓRDOVA.- ¡Increíble!, no solamente está ciego de orgullo, sino que desvaría. Bolívar es el máximo exponente del liberalismo, se ha formado en la misma cuna de la Revolución Francesa.

VALDÉS.- Perdón, General, no es la Revolución Francesa su fuente, sino Napoleón y el imperio que quiso formar. Sabéis que Bolívar se entrevistó con él, y estuvo subyugado por la corte de ese enano ambicioso. De Napoleón viene su inspiración absolutista.

LA SERNA.- Vosotros habéis traído cartas, pues bien, yo os mostraré una de Bolívar en la cual se retrata tal como es. Maroto, por favor pasad la carta que habéis interceptado al correo de Bolívar.

CÓRDOVA.- (*con fanatismo*) No es necesario, yo sé quién es Bolívar, es el hombre más generoso y desprendido que jamás ha existido en la historia. Lo único que desea es una América unida que pueda enfrentar el reto del futuro, y llegar a ser pronto, una potencia tan fuerte como las naciones más poderosas de Europa.

VALDÉS.-Valiente forma de luchar unidos. Todos los pueblos separados de España se están matando entre ellos.

LA MAR.- (*con cólera*) Señores, su negativa de aceptar una honrosa rendición acarreará la muerte innecesaria de miles de soldados. La historia los juzgará como los verdugos del pueblo peruano.

LA SERNA.- Bien se sabe que la Historia la escriben los vencedores, y allí dejaremos escrito que salvamos al Perú de caer en las garras de una dictadura absolutista. Ahora por favor marchaos. Mañana será un día muy triste para vosotros. La muerte será el único testigo de la batalla.

CÓRDOVA.- *(desafiando)* LA honraré como se merece, pondré sus cabezas a los pies de ella. *(saluda militarmente y se va)*

LA MAR.-*(con voz auténticamente dramática)* La tristeza de luchar contra Uds., viejos camaradas, no restará fuerza a mi espada. Sin embargo, en lo personal deseo que la suerte los guarde de enfrentarse a mi División. Amigos, buenas tardes. *(La Mar saluda militarmente, se queda un lapso en esta posición, los Generales españoles incluyendo al Virrey se cuadrán militarmente y responden al saludo. La Mar da la vuelta y camina unos pasos)*

VALDÉS.- *(llamándolo y emocionado)* ¡La Mar!... ¡Qué Dios reparta suerte!

(La Mar regresa y se dan un emocionado abrazo. Los soldados patriotas y realistas también se abrazan y cambian palabras amigables, va oscureciendo...)

AYACUCHO.- *(al público, muy alterado)* ¡Ya ven Uds.! El amor entre hermanos no es lo suficientemente fuerte para evitar que se maten entre ellos. ¡Qué razón puede justificar un fratricidio? *(se va calmando, su expresión va cambiando, ahora refleja tristeza)* ¡Mis hijos van a morir! *(se oye un redoble de tambores, su tristeza cambia a*

rabia, como si la hubiera descubierto abruptamente) ¡VAN A MORIR! ¿POR QUÉ ENGAÑAN A MIS HIJOS? ¿POR QUÉ LOS ENGAÑAN?

(Cae de rodillas, se tapa la cara con las manos gimien- do de dolor. Cae el telón cuando los patriotas comienzan a retirarse, el redoble de tambores se hace fuerte)

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

ESCENA UNO

(La mañana del 9 de diciembre de 1824, en el mismo lugar del cerro Condorcunca, ahora totalmente despejado del mobiliario y equipo de guerra. Cielo azul. La Serna con uniforme de gala, con muchas condecoraciones. Canterac, Valdés y Ferraz con el mismo uniforme de combate del día anterior. El capitán Quintanilla y Ayacucho cerca de ellos)

LA SERNA.- Me he puesto este uniforme, aparentemente inapropiado para la lucha, porque quiero recibir de gala a la victoria, como se merece...

AYACUCHO.- Lamento que Maroto haya tenido que partir al Cuzco, se perderá este día de gloria. Era imprescindible ganar tiempo y poner en cintura a Olañeta. ¿A qué hora salió?

CANTERAC.- Sería cerca de las diez de la noche, Excelencia.

LA SERNA.- Muy bien. Sobre el asunto de los soldados ayacuchanos, Canterac, creo que no teníamos otra alternativa; era forzoso acceder a que se despidan de sus hermanos. ¿Regresaron todos?

CANTERAC.- Todos, Señor Virrey. Admito que tuve gran temor que no volvieran.

VALDÉS.- Qué emocionante fue ver a los combatientes de ambos lados corriendo a abrazarse quizá por última vez. Ayacucho tuvo un gran poder de convencimiento ante Sucre y ante Vuestra Excelencia.

LA SERNA.- Ayacucho tuvo buenos abogados, sé que La Mar influyó en el otro campo y vos, Valdés, me hablasteis toda la noche sobre lo mismo.

VALDÉS.- Exageráis, Excelencia. (*mirando a su derecha*) Creo que es tiempo de retirarme, mis tropas me esperan con impaciencia.

LA SERNA.- Valdés, querido General, id con Dios y triunfad una vez más.

CANTERAC.- Te envidio, Valdés. Suerte compañero.

(Valdés saluda militarmente y se retira, quedándose sobre las escaleras que dan al lado izquierdo de la platea, empuña una pistola con la mano izquierda y con la otra un sable).

CANTERAC.- *(dirigiéndose al Virrey)* Está todo dispuesto, Excelencia. Valdés ha comenzado a descender a la pampa, no le llevará mucho tiempo. El traidor de La Mar debe estar temblando. No entiendo cómo Sucre puede haber puesto, en su flanco más vulnerable, a las tropas peruanas que son más bisoñas que las colombianas.

AYACUCHO.- *(hablando solo)* Yo sí entiendo. Sucre no es peruano. ¡Qué se jodan primero los cholos! Habrá dicho.

FERRAZ.- *(mirando al otro lado)* Los colombianos ya están formados, distingo sus banderas, allí estará Córdova comandándolos.

LA SERNA.- ¡Ese insolente muchachito!

CANTERAC.- *(mirando al lado derecho de la platea)* Nuestra izquierda está teniendo dificultad en bajar la artillería. Veo a Rubín de Celis, a la cabeza del batallón Imperial. Estoy seguro que ya avistó las tropas colombianas. Estará feliz de volver a hacerlos correr.

LA SERNA.- ¡Qué hermoso día para triunfar! Hasta el sol nos saluda.

AYACUCHO.- *(habla solo)* Este sol no calienta mi alma. Pase lo que pase y triunfe quien triunfe, nosotros perderemos. Tengo frío.

CANTERAC.- (*mirando al centro de la platea*) Veo que Monet también tiene dificultad por el centro, esta bajada es muy inclinada. Espero que los que descendan primero recuerden bien el esperar a toda la División antes de iniciar el ataque.

LA SERNA.- Canterac, ¿No cree que sería bueno recordárselo a los jefes, una vez más?.

CANTERAC.- No lo creo necesario, Excelencia, eso lo hemos discutido hasta la saciedad. Es la maniobra más crítica de la batalla, realmente es la clave de nuestro ataque... (*titubeando*) Bueno... nos aseguraremos, no estará de más. Señor Ferraz, id a informar a los jefes de División, que el estado mayor les ordena, por enésima vez, no lanzarse al ataque hasta que la batería esté totalmente emplazada y el grueso de sus Divisiones en correcta formación al pie del cerro.

FERRAZ.- En seguida, mi General. (*vase por el lado derecho de la platea*)

LA SERNA.- (*a Ayacucho*) ¡Alégrate, Ayacucho! Observa la determinación y valor de nuestros jefes. Eso dará más confianza a tus hijos. ¿No crees?

AYACUCHO.- “Se osti lo dices...”

LA SERNA.- (*hablando así mismo*) Yo no sé por qué este indio se ha puesto taciturno...

AYACUCHO.- (*a sí mismo*) Yo no sé por qué este español se ha puesto contento...

CANTERAC.- *(observando con su catalejo a lado de Valdés)* La vanguardia de Valdés está en posición de ataque. ¡Dios tenga piedad de los adversarios!

(Se oye por el lado izquierdo de la platea cornetas de ataque, marchas de soldados y ruido de caballos, gritos de entusiasmo. Valdés blande su espada desde la escalera.)

AYACUCHO.- *(hablando solo)* Los realistas creen que son los únicos valientes. Sucre debe estar en estos momentos leyendo su proclama.

(Sucre entra por el centro de la platea, seguido de un soldado que redobla el tambor, llega a las escaleras, voltea al público y lee un documento)

SUCRE.- Soldados: De los esfuerzos de hoy depende la suerte de América. Los enemigos de vuestra independencia los tenéis a menos de cien pasos. Arrancad la victoria que será la más gloriosa que ha tenido el Perú y América en la larga lucha por su independencia. Hoy, el mundo os contemplará con admiración. Otro día de gloria coronará vuestra admirable constancia. VIVA EL PERÚ.

(Sucre regresa por donde vino y el tambor va a donde está Valdés, se pone delante de él; comienza el redoble y descienden lentamente por el lado izquierdo de la platea. Se escucha nuevamente el ruido de la batalla que se reduce sin desaparecer totalmente, cuando hablan los personajes. Valdés se detiene después de caminar unos pocos metros. Baja la intensidad de la luz que lo seguía.)

LA SERNA.- Bravo, Valdés. Ya se ve su poderoso avance. Esta victoria va a ser rápida. Mirad como penetra en las filas del enemigo.

CANTERAC.- Exactamente como fue previsto. Nuestras fuerzas están arrollándoles. La Mar no sobrevivirá a este ataque.

AYACUCHO.- *(a sí mismo)* Yo veo que La Mar retrocede en orden.

LA SERNA.- Dentro de poco vendrá la estampida de La Mar. *(el tambor avanza unos pasos y se voltea dando frente a Valdés, atrás del tambor aparece La Mar, blandiendo un sable).*

LA MAR.- ¡AGUANTEN! ¡AGUANTEN CARAJOS, Y LA VICTORIA SERÁ NUESTRA!

(Se reduce casi totalmente el ruido, las luces que iluminaban la escena en la platea se vuelven mortecinas y se apagan finalmente mientras La Mar y Valdés blanden las espadas. La acción vuelve al escenario. Ferraz llegando rápido con voz agitada).

FERRAZ.- Excelencia, vuestras órdenes están confirmadas. *(mirando a la platea izquierda)* ¡Viva Valdés! ¡Arriba España! ¡Qué fiero avance! ¡No resistirán los rebeldes! Muy pronto huirán.

CANTERAC.- ¡Otra vez la gloria! ¡He recuperado mi honor! *(mirando al lado derecho de la platea)* Veamos la maniobra de Villalobos, ya están muy cerca del lugar para emplazar la artillería, de Celis llegó a la pampa, está también observando el ataque de Valdés. ¿Qué? ¿Qué quiere hacer el infeliz? Se prepara a atacar cuando no ha llegado abajo el grueso de la división*(todos miran la acción).*

LA SERNA.- ¡Lo van a destrozar! ¡Está loco!

FERRAZ.- Voy a descender, *(sale gritando)* ¡Un caballo! ¡Un caballo!

CANTERAC.- Ese infeliz está avanzando sólo con el batallón Imperial. ¡Por qué no espera a su División? Los colombianos lo masacrarán. *(un tambor redoblando por el lado derecho de la platea, delante de él viene Córdova con su espada en alto)*

CÓRDOVA.- SOLDADOS: ADELANTE, ARMAS A DISCRECIÓN Y PASO DE VENCEDORES.

LA SERNA.- ¡Avanzan los rebeldes! Nuestras tropas están siendo sacrificadas. ¡Qué desorden!

CANTERAC.- ¡Ya cayó de Celis! Los colombianos van a llegar a la falda del cerro. Voy a apresurar el ataque por el centro. Iré yo mismo a ayudar a Monet.

LA SERNA.- ¡No! Iré yo.

CANTERAC.- ¡Imposible! Correréis mucho peligro.

LA SERNA.- Canterac, el único peligro que corro es la deshonra. Quedaos aquí, tratad de reforzar a Villalobos. Hay que defender esos cañones como sea.

CANTERAC.- Disculpe Excelencia, no puedo dejarlo ir.

LA SERNA.- *(muy excitado)* Por esta victoria soy capaz de todo. ¡De todo! ¿entendéis? No olvidéis que yo soy el Jefe de los Ejércitos del Perú.

CANTERAC.- Esperad, al menos, a Ferraz. Id con la caballería.

LA SERNA.- No se debe hacer esperar al deber. (*desenvainando su espada, baja precipitadamente por el centro de la platea*) ¡VIVA ESPAÑA!

CANTERAC.- (*lamentándose*) se transita en poco tiempo de la confianza en la gloria, a la realidad del fracaso. Breve fue el triunfo.

AYACUCHO.- Larga será la derrota.

CANTERAC.- (*mirando nuevamente a la derecha de la platea*) Córdoba avanza, nuestras fuerzas luchan valerosamente, caen pero no retroceden.

AYACUCHO.- ¡Cómo sacrifican a mis valientes hijos (*se oye a lo lejos el fragor de la batalla*) “Oyi, Cantirac, toca la retirada. Oyi, toca la retirada, pues”.

CANTERAC.- No puedo, los colombianos pueden tomar la artillería.

AYACUCHO.- (*hablando solo*) ¿Cómo que pueden? Ya la van a tomar... ¡La tomaron! Los colombianos avanzan rápidamente, esos no toman prisioneros. (*a Canterac*) “Toca la retirada. ¡Oyi!”

FERRAZ.- (*entrando rápidamente, por el lado derecho de la platea, gritando*) No puede evitar el desorden, cayó muerto de Celis. ¿Dónde está el Virrey?

CANTERAC.- Ferraz, baje al centro con toda la caballería, hay que salvar a La Serna. Está luchando a pie; allí lo puede ver con su uniforme de gala. Dese prisa, póngalo a salvo aunque sea por la fuerza. Es una orden. Yo me hago responsable de las consecuencias.

FERRAZ.- Entendido. ¡A mí, Húsares! *(baja corriendo por el centro, con Quintanilla)*.

AYACUCHO.- “Isto , si acabó”.

CANTERAC.- ¿Qué dices cholo de mierda? Mientras haya un soldado español vivo, hay esperanzas.

AYACUCHO.- “No ti inojos. Mira to virrey ya ha caído Mochos de mes hijos siguen piliando piro caen rápido”.

CANTERAC.- ¡Díos mío! Es cierto. La batalla parece perdida. Ferraz no pudo llegar a tiempo, ahora también retrocede. *(mirando a la izquierda de la platea)* Valdés no podrá avanzar más, La Mar obtiene refuerzos. Ahora contraataca el traidor.

(El tambor por la izquierda comienza su redoble, delante de él está La Mar y frente a éste, Valdés quien comienza a retroceder).

LA MAR.- ¡BRAVO PERUANOS! ¡AVANCEMOS CON CONFIANZA! ¡NADA PUEDE DETENERNOS! ¡VIVA EL PERÚ, CARAJO!

(Valdés retrocede subiendo por las escaleras, La Mar y el tambor se quedan abajo. Ferraz y Quintanilla regresan por el centro de la platea)

FERRAZ.- *(regresa angustiado)* No pude llegar a tiempo general, lo habréis visto desde aquí, han tomado el cuerpo del Virrey, debe estar muerto. Nuestras tropas huyen por las serranías. No es posible reagruparlas.

CANTERAC.- ¡Tocad retirada! ¡Tocad retirada! Pelearemos en la cima. Id a rescatar a Valdés, ese es otro que quiere morir. ¡No lo dejéis! ¡Retiradlo del campo! ¡No lleguéis tarde esta vez!

FERRAZ.- ¿Tarde? ¿Yo, tarde? Excelencia. Mejor me callo. *(va en dirección de Valdés)*

(Valdés sentado arriba de la escalera a la platea, sigue empuñando la pistola y el sable en las manos, mirando abajo)

VALDÉS.- Aquí me tenéis, no huyo, venid por mi espada y por mi cuerpo, dos prisa. El general español Jerónimo Valdés, Conde de Torata, está listo para cumplir con el último deseo de su Patria .

FERRAZ.- Valdés por aquí. Soy el brigadier Ferraz, vengo a rescataros. ¡Venid, General! Canterac ha ordenado que os lleve...

VALDÉS.- Canterac y vos podéis ir a la mismísima mierda. Yo de aquí no me muevo.

FERRAZ.- El virrey ha caído, pero todavía nos podemos agrupar en la cima. Subid Valdés. Aún tenemos esperanzas.

VALDÉS.- Espero por el bien de vuestra alma que no os equivoquéis. *(se acerca a Ferraz y van al centro del escenario donde se encuentra Canterac. Se oye el fragor)*

de la batalla nuevamente y un toque de corneta de alto el fuego que es cada vez más fuerte mientras el ruido de la batalla disminuye).

CANTERAC.- Oigo un toque de alto el fuego, son los enemigos. Nosotros seguiremos peleando es esta cima hasta derramar la última gota de sangre. España no se va rendir. Antes, muertos.

VALDÉS.-¿Qué paso, Canterac? Ya los tenía vencidos ¿qué pasó con nuestro ataque? ¿Por qué no hizo fuego la artillería?

CANTERAC.- No es el momento de explicaciones. Tenemos que seguir peleando.

VALDÉS.- ¿Cuántos somos? ¿Dónde está el resto de nuestro ejército?

FERRAZ.- Es difícil saberlo, estamos muy dispersos

CANTERAC.- Hay que reunir nuestras tropas. ¿Dónde están los españoles? No lo sé.

AYACUCHO.- (*hablando para sí*) Yo sí sé donde están muchos de mis hijos, ahora iré a enterrarlos. Vendrán las madres y las viudas y los huérfanos a llorar a los ayacuchanos asesinados por las ideas importadas, por las esperanzas falsas y por los sueños impuestos. Una etapa más que termina. Veamos si la independencia cambia nuestra suerte. Veamos si las promesas se cumplen. Veamos si el sacrificio de mi pueblo va servir para algo. (*se retira lentamente por el centro de la sala*).

(Se oye el tambor que redobla otra vez, avanza por la izquierda, lo sigue el teniente coronel Castilla, sube y se acerca a los generales).

CASTILLA.- Soy el teniente coronel Ramón Castilla. Mi jefe, el general La Mar, ha ordenado el alto al fuego; os ofrece una capitulación generosa. Sucre está de acuerdo.

CANTERAC Y LOS OTROS.- ¡Imposible! ¡Imposible! ¡No queremos generosidades! ¡No nos rendiremos!

VALDÉS.- ¡Atacad, cobardes! ¡Pagaréis caro vuestra osadía!

CASTILLA.- Reflexionen, han perdido todo. Tenemos en nuestro poder toda su artillería y miles de prisioneros. Miren abajo, vean como la pampa está sembrada de uniformes realistas. Señores, acepten su derrota, tienen media hora; pasado ese tiempo, dispararemos.

CANTERAC.- No tardéis tanto, podéis atacar ahora mismo.

CASTILLA.- Daré esa suicida respuesta a mi general. *(vase)*

CANTERAC.- Veamos las alternativas.

QUINTANILLA.- *(llegando de atrás)* Los pocos soldados peruanos que quedan en el cerro no desean seguir la lucha. Han visto morir al Virrey, eso los ha desmoralizado.

VALDÉS.- ¿Cuántos creéis que son? ¿Mil? ¿Dos mil?

QUINTANILLA.- No creo que pasen de quinientos.

CANTERAC.- ¿quinientos? ¿Y cuántos de ellos son españoles?

QUINTANILLA.- Difícil saberlo. Quizá cien.

VALDÉS.- Podríamos huir, y reunirnos con Maroto en Cuzco.

CANTERAC.- Buena idea, Valdés. Hagamos los preparativos. *(se oye el tambor que entra con Castilla y La Mar)*.

LA MAR.- Señores, no han respondido a mi mensaje. Amigos, acepten su derrota han perdido. Los tenemos totalmente rodeados. No tienen escape, están a tiro de fusil. Pueden comprobarlo Uds. mismos. Por último, señores, hemos tomado preso a Maroto, venía huyendo de las tropas de Olañeta, esto les ayudará apresurar la decisión.

CANTERAC.- Nuestra decisión está tomada. Aquí los esperamos, La Mar. Intentad atacar y veréis como se defiende España de los traidores.

LA MAR.- *(con tono irónico)* “Monsieur Canterac D’Ornezan, ne parlez pas de trahison”. En España Ud. peleó contra sus hermanos de sangre, no se olvide que yo nací en América. Pero ¿de qué discutimos, hombre? ¡Parece ser que no se dan cuenta de su situación! ¡Recapaciten! O aceptan una capitulación generosa o los fusilamos. Aquí no va a haber lucha alguna. Ya no tienen Uds. mando, ni tropa ni ejército. Son un grupo de generales testarudos a los que debía haber degollado hace algunas horas.

VALDÉS.- Estoy listo a que tu espada atravesase mi pecho.

LA MAR.- Bien sabes que no lo haré, pero podría ordenar a un recluta que te ejecute. Ahorren sus vidas. Yo me comprometo ayudarlos a obtener una capitulación honrosa que los proteja, y que pueda proteger también la vida y las propiedades de los miles de españoles que viven en el Perú. Me gustaría comenzar nuestra independencia estableciendo una paz duradera con España.

CANTERAC.- No obtendréis de nosotros paz, sino guerra.

LA MAR.- La cuestión es más simple todavía: o aceptan nuestra oferta a primera hora de la mañana o enviaremos a los verdugos. Eso es todo, generales. ¡Ah! Me olvidaba decirles, La Serna ha sufrido varias heridas graves, pero todavía vive... Les enviaré a Maroto apenas llegue. Está oscureciendo muy pronto, parece que nevará esta noche... Hasta mañana o hasta nunca. (*saluda y se retira con el tambor que redobla*).

VALDÉS.- Sí el suicidio no fuese pecado mortal yo me pego un tiro.

CANTERAC.- Mantengamos la calma. Ferraz id con el capitán Quintanilla y reunid a los dispersos. Observad bien el terreno y las posibilidades de escaparnos.

FERRAZ.- Sí, mi general. (*se van*)

MAROTO.- (*entrando por la izquierda*) ¡Cielos! ¡Qué desastre! La Mar me contó lo sucedido.

CANTERAC.- Maroto ¡Qué coño hacéis aquí?

MAROTO.- Las catástrofes no vienen solas; a media jornada de camino encontré a un grupo de mis oficiales que venían huyendo de Olañeta, éste ha tomado el Cuzco, ha ejecutado al mando militar que dejé y se ha autoproclamado Virrey del Alto Perú. Regresé para informar y recibir órdenes.

CANTERAC.- Ahora sí que la suerte de España está perdida.

FERRAZ.- (*regresando con Quintanilla*) Estamos efectivamente rodeados.

QUINTANILLA.- Las tropas peruanas se niegan a obedecer. Los españoles están exhaustos. Está confirmado, quedamos menos de quinientos. No tenemos más de cien caballos. No hay parque ni alimentos ni forraje.

VALDÉS.- ¡derrotados! No puedo creer que estemos derrotados. Tú, Canterac, eres el jefe con mayor jerarquía, haz lo que creas mejor para España.

CANTERAC.- No me des esa responsabilidad, Valdés, tú y los demás me ayudarán a preparar la negociación. Tenemos toda la noche.

MAROTO.- No puedo creer que estemos en esta situación. ¡Increíble! ¡Dios mío, ampáranos!

VALDÉS.- Yo me voy a pegar un tiro. Pecado mortal o no. Ya no me importa nada. *(saca su pistola y es detenido por Canterac)*

CANTERAC.- Ahora es cuando se ven a los verdaderos hombres. Aquí nadie abandona a España ni a los españoles que viven en América.

VALDÉS.- está bien, está bien. Es mucho lo que pide la Patria. No soy cobarde. Estaré a tu lado, Canterac. Puedes contar conmigo... ¡Derrotados! ¡Qué vergüenza! *(va anocheciendo, se sientan en el suelo muy juntos, en círculos).*

ESCENA DOS

(La mañana del 10 de diciembre de 1824, en el mismo cerro Condorcunca. Se ve el interior de una choza dividida en dos cuartos por una sábana, el más grande tiene por todo mobiliario, una mesa vieja, de madera, unos bancos y un baúl; Sucre dicta, con voz alta, una carta a Castilla; Córdova y La Mar lo escuchan. En el cuarto pequeño el virrey La Serna, vendado, está reclinado sobre un camastro; Canterac, Valdés, Maroto y Ferraz están a su lado. Las habitaciones tienen puertas laterales que dan al cerro. Ayacucho está afuera conversando con el capitán realista Quintanilla).

AYACUCHO.- ... “Cantidad di muertitos. Mochos hiridos. Si los diji a mes hijos, ¡No pileen! Piro no mi hicieron caso isos malcriados”

QUINTANILLA.- Háblame en quechua, Ayacucho, me gusta tu idioma.

AYACUCHO.- Tu sí comprendes, Quintanilla, eres buen hombre. Nuestro pueblo ha sido sacrificado una vez más. Han quedado muchos heridos. ¿Quién los cuidará? ¿Tú crees que nos devolverán nuestras tierras y las minas? Mis hijos, los que murieron peleando por los patriotas, creían que así iba a ser. Me dieron este Bando del Congreso Constituyente.

QUINTANILLA.- ¡Bah! No creo que la independencia les devuelva algo. De aquí escucharemos bien lo que acuerden los jefes. Esperemos.

AYACUCHO.- Yo sé bien esperar, llevo tres siglos practicando.

(Dentro del cuarto pequeño)

LA SERNA.- *(hablando con dificultad)* Dejadme una pistola martillada. No vaya a tener la mala suerte de seguir viviendo.

VALDÉS.- Hemos entregado nuestras armas, señor Virrey. Habéis salvado vuestra vida milagrosamente. El médico dijo que tenéis seis heridas, dos de bala y cuatro de arma blanca, pero ninguna ha tocado órganos vitales. En pocos meses estaréis totalmente recuperado.

LA SERNA.- Espero que estéis equivocado. Luchamos con valor, pero perdimos. Es imperdonable. España nos lapidará.

CANTERAC.- La España, que se olvidó de nosotros durante muchos años, no tendrá el valor de criticarnos ahora.

LA SERNA.- ¡Qué poco conocéis historia! Los mismos hombres que niegan la ayuda a sus defensores son los primeros en arrojarles piedras.

MAROTO.- Nos acusarán de todo, dirán que perdimos por ser liberales, masones, ateos, constitucionalistas en fin, todo lo peor. Vosotros sabéis bien que no soy nada de eso. Soy creyente y absolutista. *(reflexionando)* ¿Para qué me preocupo, si yo no estuve en la batalla? Sr. Canterac, le solicito que certifique que yo no me encontraba en Ayacucho.

CANTERAC.- Idos a la mierda Maroto. ¿Cómo podéis pensar en eso, ahora? Si queréis puedo certificar que perdisteis Chile, en la batalla de Chacabuco.

MAROTO.- No podéis negarme el certificado, Señor General.

VALDÉS.- ¡Joder! Maroto. Yo os daré ese certificado.

FERRAZ.- Creo que el Virrey ha perdido de nuevo el conocimiento.

VALDÉS.- ¡Quién como él! Es el más afortunado de nosotros.

MAROTO.- ¿Y, ahora, qué esperamos para firmar la capitulación?

CANTERAC.- Sucre está dictando su parte de guerra.

AYACUCHO.- (*dirigiéndose a Quintanilla*) Qué fácil es describir una victoria y que difícil es justificar una derrota.

QUINTANILLA.- Es verdad, Ayacucho. Es verdad.

SUCRE.- ... Observando que aún las masas realistas del centro y la derecha no estaban en orden, y que el ataque por la izquierda estaba muy comprometido, mandé al general Córdova que lo cargase rápidamente. Punto seguido... Cargarlos y despedazarlos fue un momento...

VALDÉS.- (*en el cuarto pequeño, a sus colegas*) Si ese idiota de Celis hubiera obedecido las órdenes...

SUCRE.- (*continuando*)... Córdova trepaba con sus cuerpos la formidable altura del Condorcunca, donde tomó al Virrey La Serna que se encuentra herido. Punto seguido... Fue así que los enemigos perseguidos y cortados en todas direcciones decidieron pedir al general La Mar una capitulación.

CANTERAC.- Eso no es totalmente cierto ¿qué opinas Valdés?

VALDÉS.- ¡Qué más da!

SUCRE.- (*continuando*)... aunque la muy débil posición del enemigo nos sugería exigirles una rendición incondicional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los derrotados que durante 14 años vencieron a los ejércitos patriotas en el Perú.

MAROTO.- Reconocen nuestro mérito sólo para hacerse más grandes.

SUCRE.- (*continuando*)... se hallan en nuestro poder 16 generales, 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 184 mayores y oficiales, más de 2000 prisioneros de tropa y 700 heridos. Han dejado 1800 cadáveres en el campo de batalla.

VALDÉS.- no podrán decir que no luchamos.

SUCRE.- (*continuando*) ...nuestra pérdida es de 370 muertos y 609 heridos...

AYACUCHO.- (*a Quintanilla*) El número de heridos es más o menos igual, pero hubieron cinco muertos realistas por sólo un muerto patriota. Los colombianos remataron a los heridos.

SUCRE.- (*continuando*)...el enemigo tenía una fuerza disponible de 9300 hombres mientras que el Ejército Libertador 5800.

CANTERAC.- Sucre no es bueno para las matemáticas, ni éramos tantos nosotros ni ellos eran tan pocos ¿qué opinas de esto, Valdés?

VALDÉS.- ¡Qué más da! La Serna dijo ayer que es bien conocido que la historia la escriben los vencedores. Hay que reconocer que lucharon valientemente y que sus tropas estuvieron más motivadas que las nuestras.

AYACUCHO.- (*a Quintanilla*) Mis hijos patriotas luchaban por promesas de libertad y recuperación de nuestro suelo. Los mandos realistas no respetaban a mi pueblo. Los trataban mal. Así no se puede ir lejos.

QUINTANILLA.- Hemos sido muy exigentes con la tropa, pero también hemos sido exigentes con nosotros mismos.

AYACUCHO.- No es la exigencia al deber lo que los hacía sentir mal. Era la barrera de desigualdad que se mantenía tan alta.

QUINTANILLA.- Puede ser que tengas razón.

SUCRE.- *(continuando)*... la campaña del Perú está terminada, su independencia y la paz de América se ha firmado en este campo de batalla. Punto aparte... Dios guarde a vuestra señoría... etc... etc Ayacucho 10 de diciembre de 1824. Antonio José Sucre.

CASTILLA.-*(entregando el pliego del escrito)* Aquí tiene el parte de la guerra, Señor General. Su firma por favor.

SUCRE.- *(firmando)* Bien, Castilla. Ahora haga pasar a los jefes realistas.

CASTILLA.-*(se acerca a la sábana colgada que sirve de cortina, la levanta un poco)* Señores generales, por favor, pasen.

(Los generales patriotas comienzan a entrar)

VALDÉS.- *(dirigiéndose a Ferraz)* Brigadier, llame al capitán Quintanilla para que se quede con el Virrey.

FERRAZ.-. *(sale a la puerta, gritando)* ¡Capitán Quintanilla! ¡Capitán Quintanilla! Pasad a atender al Virrey.

(Entra el capitán seguido de Ayacucho. Ferraz se une a sus compañeros, quienes están saludando militarmente a

los patriotas y dándoles la mano fríamente. Castilla, se retira a la habitación donde está Ayacucho)

SUCRE.- Señores, bienvenidos a este modesto refugio. Les agradezco su presencia. Lamento conocerlos en esta situación. Créanme que admiro el talento y valentía con que han defendido durante 14 años. Los intereses españoles en el Perú.

CANTERAC.- Vosotros, habéis ganado bien esta batalla. Ha sido cruenta, la más cruenta de las guerras separatistas.

LA MAR.- En efecto se has luchado por ambos lados con un valor indescriptible. Las bajas han sido muy altas, lamentablemente.

SUCRE.- Antes de proceder a revisar el acta de capitulación ¿tiene algunos de Uds. otro comentario que hacer?

CANTERAC.- No tenemos ningún comentario que hacer, señor General.

SUCRE.- Bien, hemos estudiado la propuesta entregada al general La Mar y estamos de acuerdo en la mayoría de los puntos. El general Córdova tiene las cuatro copias. Revisémoslas.

CÓRDOVA.- *(entrega una copia a Canterac, otra a Valdés, le da una a Sucre y él lee la cuarta)* Don José Canterac Teniente General de los reales ejércitos de Su Majestad, encargado del mando superior del Perú, por haber sido herido y prisionero en la batalla el Excelentísimo se-

ñor virrey don José de La Serna, ha tenido que ceder...
(*sigue leyendo*)

QUINTANILLA.- Esta lectura devasta nuestro orgullo. Aun para un mal sueño es exagerada.

CASTILLA.- Yo creía que estaría más contento con la victoria. Es triste ver el sufrimiento de una amarga derrota cuando los que pelean son de la misma familia. Ud., capitán Quintanilla, ya se consolará en su tierra.

QUINTANILLA.- Después de tantos años en el Perú le puedo decir, que ésta, es también mi tierra.

LA SERNA.- (*recobrando el sentido. Con voz entrecortada*) Ayacucho, Ayacucho, acércate.

AYACUCHO.- (*fríamente*) “Qui quieras, oyi”.

LA SERNA.- Perdóname, ayacucho, por haber perdido la batalla.

AYACUCHO.- “Yo siempre pirdono. La batalla no me emporta. Lo que nunca olvedaré es que sacrificastis a mes hijos por orgollo nada más. (*enojado*) Eris bien cabrón, puis”.

LA SERNA.- Lo siento mucho, Ayacucho. Lo siento mucho. (*se desmaya*).

CÓRDOVA.- (*continuando*)... Artículo primero. El Territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú será entregado a las armas del Ejército Unido. Concedido.

QUINTANILLA.- (*con tristeza*) Se acabó el virreynato.

AYACUCHO.- Atahualpa, el último Inca, dijo al ser derrotado: “Usos son de la guerra, vencer o ser vencido”

CÓRDOVA.- ... Todo individuo del ejército español podrá regresar a su país libremente. El Perú costeará el pasaje y la mitad de la paga. Concedido.

AYACUCHO.- ¡Qué buena suerte tienen los españoles! Creo que la Independencia es generosa.

CÓRDOVA.- ... serán admitidos en el ejército del Perú si lo quieren. Concedido. Los generales, jefes y oficiales conservarán el uso de sus uniformes y espadas y podrán tener consigo a su servicio los asistentes correspondientes a sus clases y los criados que tuvieren. Concedido.

AYACUCHO.- Esto ya me está oliendo mal, nosotros vamos a seguir sirviendo a los realistas. ¿Y la Independencia?

CÓRDOVA.- ... todo individuo del ejército español que prefiera quedarse en el Perú lo podrá hacer, en este caso sus personas serán sagradamente respetadas. Concedido.

QUINTANILLA.- Me acogeré a este artículo. Yo me quedo aquí, en Ayacucho.

AYACUCHO.- *(lo abraza)* Lo sabía, capitán Quintanilla, la Juanacha te espera.

CASTILLA.- Ven, dame a mí también un abrazo, he ganado un hermano.

CÓRDOVA.- ...el estado del Perú reconocerá la deuda contraída hasta hoy por la hacienda del Gobierno español en el territorio...

LA MAR.- Señores, esto lo someteremos al Congreso del Perú.

SUCRE.- Más claramente, no está concedido. El Congreso decidirá lo que más convenga.

CANTERAC.- Lo entiendo.

AYACUCHO.- Yo no, la deuda a España no debería pagarse, al fin y al cabo ellos ganaron mucho durante tres siglos de colonialismo.

CÓRDOVA.- (*leyendo lentamente*)... el Estado del Perú respetará las propiedades de los individuos españoles que se hallen dentro o fuera del territorio, prestándoles protección como si fueran peruanos. Concedido.

AYACUCHO.- (*gritando*) ¡nos engañaron! Tanta lucha para nada. No nos devuelven lo usurpado. Esas tierras son nuestras, las minas también. No entiendo nada. Estoy perdido en la historia. No comprendo la diferencia entre Colonia y república. Nuestras propiedades y nuestro trabajo se quedan siempre en manos de otros.

SUCRE.- ¿Quién grita en el otro lado?

LA MAR.- (*abriendo un poco la cortina*) ¡Ayacucho, cálmate amigo! Espera un poco, ya hablaremos. (*a Córdova*) Puedes continuar.

CÓRDOVA.- ... toda duda sobre alguno de los artículos del presente tratado se interpretará a favor de los individuos del ejército español. Concedido. Se firmarán cuatro ejemplares, de los cuales, dos se quedarán en poder de cada una de las partes contratantes. (*suspendiendo la lectura y dirigiéndose a Canterac*) lleva la fecha de ayer, 9 de diciembre de 1824.

SUCRE.- Señor Canterac, sirva sentarse a mi lado para firmarlas. ¿Tiene algo que agregar o comentar?

CANTERAC.- No, señor General. No tenemos ya nada que decir. (*Canterac se sienta junto a Sucre y firman las cuatro actas*) Una sola pregunta, general Sucre, ¿Cuándo será liberado el brigadier Valentín Espartero?

SUCRE.- Francamente no lo sé. He sido informado que el Libertador Bolívar ha ordenado su inmediato fusilamiento. Haré lo posible por liberar a Espartero, si es que aún está vivo, francamente lo veo difícil. No es por su condición de español. Como Ud. sabe, parece que hay un asunto delicado entre ellos.

FERRAZ.- No puedo creer que la dama en cuestión sea un motivo para condenar a Espartero.

SUCRE.- Prefiero no comentar sobre ello. Tienen mi palabra de honor que haré lo posible por resolver esta situación.

LA MAR.- Canterac, dé órdenes bien claras a Rodil para que entregue las fortalezas del Callao inmediatamente.

CANTERAC.- Enviaré hoy mismo la comunicación. Francamente no sé si Rodil las cumplirá, él tiene un valor

extraordinario y no sé si aceptará esta capitulación. Yo no puedo hacer más. El caso de Olañeta si es asunto de vosotros. El alto Perú no es parte de este documento.

CÓRDOVA.- Tanto a Rodil como a Olañeta, los fusilaremos a la menor resistencia.

SUCRE.- Bueno, señores, eso es todo. Permítanme, ahora, ofrecerles una copa de pisco. Les deseo un buen viaje de regreso a sus hogares. *(a un soldado)* Sirve, por favor. *(el soldado toma la bandeja que está sobre el baúl y la pone en la mesa, sirve)*. Desearía hacer un brindis por él que si hubiera nacido en América, habría sido el primer defensor de su independencia, por el general Valdés.

LA MAR Y CÓRDOVA.- ¡Brindemos por el general Valdés!

VALDÉS.- *(interrumpiendo)* Señores, si es preciso brindar por alguien hagámoslo por el valeroso pueblo ayacuchano.

SUCRE.- Comprendo su posición, señor Valdés. Hagamos, pues un brindis por el pueblo de Ayacucho. ¡Hombre! Pero si Ayacucho está aquí. Háganlo pasar, por favor.

LA MAR.- *(corriendo la cortina completamente, formando de este modo una sola habitación)*. Ayacucho, queremos brindar por ti y tus valerosos hijos. ¡SALUD!

TODOS.- ¡Salud! ¡Salud!

CANTERAC.- Señor Sucre, permítanos retirarnos.

SUCRE.- Cuando deseen señores.

CÓRDOVA.- El teniente coronel Ramón Castilla les devolverá sus espadas. Cualquier problema que encuentren, sírvanse comunicárnoslo. Haremos lo posible para que su estadía final en el Perú sea lo más agradable posible.

(Se saludan militarmente y se dan la mano fríamente, cuando Valdés llega a La Mar rechaza su intento de abrazarlo. Se acercan al lado del virrey La Serna, Castilla saca las espadas del baúl y las entrega).

SUCRE.- Ayacucho, acércate. Sírvase una copa de pisco, te hará bien.

AYACUCHO.- “No, gracias. Oye Sucre, esta independencia, no sirve pa'nada. Vamos a seguir igualito como antes”.

SUCRE.- No, Ayacucho. Ahora somos independientes, nosotros nos gobernaremos solos. Seremos los dueños de nuestro destino.

AYACUCHO.- “Yo no entiendo eso. Dime. ¿de quién son realmente estas tierras? ¿Quién las trabaja? ¿Quién vive en ellas desde hoy atrás? Nosotros ¿no? Y en esta batalla ¿Quién murió más? ¿Quién murió más?”

SUCRE.- Ayacucho, tu no comprendes las cosas, mira “jem... jem”.

LA MAR.- Tenemos que respetar un sistema legal.

AYACUCHO.- “¿Ligal? Aquí, en este papel del Congreso dicen que seremos nobles, instruidos, propietarios y

tendremos representación. ¿Quién nos ha representado aquí?” (*le entrega el documento*).

SUCRE.- (*tomándolo*) ¡esto está en quechua! ¿Qué diablos dirá? De todas maneras ese Congreso ya ha sido reemplazado por un nuevo organismo de gobierno. Ayacucho... jem... jem... tú no entenderías lo que quiero explicarte.

AYACUCHO.- “Claro, yo no entiendo nada. Lo que sé, es que vamos a seguir igualito que antes... Pior, quizás... ¡CABRONIS, TODITITOS TODOS! Yo me voy p’ a seguir enterrando a mis hijos”. (*cabizbajo, se va yendo lentamente*).

LA MAR.- Ayacucho tiene razón, lástima que su pueblo no esté preparado para asumir esa responsabilidad.

QUINTANILLA.- (*con voz fuerte desde el grupo español*) ¡ESTO ES UNA POBRE DISCULPA!

CANTERAC.- Quintanilla, no os metáis en asuntos que no os competen. Preparad vuestro regreso a la Patria.

QUINTANILLA.- Disculpad, general Perú es también mi Patria. Yo me quedo aquí, en Ayacucho.

CANTERAC.- (*desenvainando la espada*) ¡Quintanilla! Tendréis que venir con nosotros. Estáis loco en quedarnos, no lo permitiré. Estáis loco.

VALDÉS.- No lo está, Canterac. Está más cuerdo que nosotros. Déjalo que se quede.

QUINTANILLA.- (*devolviendo su espada a Castilla*) Tómala, Castilla, no la necesitaré jamás.

CASTILLA.- Serás siempre un hermano para mí. Tu gesto nunca lo olvidaré. Algún día oirás de mí.

QUINTANILLA.- *(sale corriendo)* ¡Ayacucho! ¡Ayacucho! Espera, me voy contigo. *(lo alcanza y le pasa un brazo por el hombro)*.

AYACUCHO.- Hijo, ahora wak'ayta yachanki. (*)

QUINTANILLA.- Tayta, amarak'wak'aychu. (**)

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO

(*) *A: Hijo, ahora aprenderás a llorar.*

(**) *Q: Padre, no es tiempo para llorar.*

ACTO III

(Con el telón abajo. El escenario alumbrado. Ayacucho entra por el mismo lado que salió, lleva la misma canastita. Camina despacio hasta el centro).

AYACUCHO.- *(al público, con voz resignada)* Por favor no me digan lo que piensan, dejemos las cosas así, ya no se puede hacer nada. Si desean, acompáñenme a esperar a mis hijos.

(Se abre el telón, es el mismo sitio del primer acto. Ayacucho entra, se da vuelta y se pone en cuclillas, extiende las papas sobre una bandeja de madera. Atrás está su pequeña choza con la puerta desvencijada, las paredes de adobe, el techo de tejas en muy mal estado, la única pequeña ventana tiene un trapo sin color que la tapa desde adentro. Atardece).

(Hablando consigo mismo) Estas papas salen cada vez más pequeñas. La tierra ya no produce como antes, está muy pobre, faltan brazos para hacerla trabajar. ¿Qué habrá pasado con los hijos que se fueron a la capital? No

vieron como murió su madre. No tuve dinero para comprar medicinas y la sacaron del hospital. *(imitando al médico)* “¡Es inútil tenerla aquí! ¡Necesitamos esta cama! ¡Ahora mismo!. Y mis hijos, ¿por dónde andarán? *(canta)*.”

“Ayacuchano, triste
viajero regresa a tu nido,
que calentito te lo guardamos”

(Se para tomando un poco de tierra con la mano) Esta tierra necesita fertilizantes y arado. Antes arábamos a pulso, con un purito palo *(hace como si hundiera una larga estaca, la empuja después con pie apoyándolo en una madera transversal casi al final de la estaca y una vez hundida la palanquea y voltea la tierra)*. Después arábamos con bueyes, eso era más fácil... Sacábamos lindas papas huayro. Hace unos años vino el ingeniero del Banco Agrícola y nos dio unas semillas. ¡Van a producir más! Este tractor los hará ser más eficientes. Muchos de mis hijos se quedaron sin trabajo y se fueron. Y... ¿qué pasó después? El tractor se malogró. ¡No hay repuestos! La Ford ya no hace tractores. No pudimos arar, nos habíamos comido los bueyes. *(imita un diálogo con el ingeniero)* “Hay que pagar el tractor! ¿Di a dondi puis ingenero? ¡Estos indios nunca aprenderán a hablar castellano! Tienes que pagar el tractor, ¡Indio Bruto! ¡No entiendes nada! ¡Flojo! ¡Mentiroso! Hay que rematarles las tierras porque no pagan sus deudas”. *(Ayacucho vuelve a sentarse más sosegado)*. Ya no hay papas huayro, no hay vicuñas, no hay nada...

(Ayacucho sigue en su tarea de acomodar las papas. Por la derecha de la platea sube su hijo “El Estudiante, es

el mismo actor que interpreta a Ramón Castilla – Está vestido con casaca de cuero, jeans, tennis deportivos, se nota que toda la ropa está muy usada y sucia. Lleva a la espalda una pesada mochila).

HIJO ESTUDIANTE.- *(grita con alegría) ¡Tayta Ayacucho! ¡Tayta Ayacucho! (Ayacucho lo reconoce, corre a su encuentro y se abrazan tiernamente).*

AYACUCHO.- “Me queredo hijo” *(se aleja un paso para verlo mejor)* “Como has cambeado, ispiro que no ti has olvidado di hablar quechua”.

HIJO ESTUDIANTE.- No tayta Ayacucho, no me he olvidado, hablaremos quechua, lo extrañaba. Dime, ¿cómo has estado?... Se te ve más flaco. *(abrazándolo nuevamente)* ¡Ay, tayta! Qué gusto volver a verte. Sé que mi madre murió... Estás muy triste, ¿verdad? Ahora, ya llego tu hijo y verás que lo vamos a pasar muy bien. Pero dime, ¿cómo has estado?

AYACUCHO.- Pensando siempre en Uds. Esperando que estén bien en la capital y algún día puedan hacer algo por nuestra tierra y por los hermanos que dejaron aquí. *(entusiasmado)* ¿Has acabado la Universidad? ¿Cuánto tiempo te quedarás? ¿Vas ayudarme a cultivar la tierra?

HIJO ESTUDIANTE.- *(descargando su mochila con la ayuda de Ayacucho)* Tayta Ayacucho, he acabado mis estudios de sociología, pero todavía no me he graduado, creo que no va a ser necesario.

AYACUCHO.- Y dime, en eso de “siología” te habrán enseñado a cuidar animales. Porque, ¿sabes?,

necesitamos desparasitar a nuestro ganado; está más flaco que yo....

HIJO ESTUDIANTE.- No tayta, la sociología no estudia como cuidar al ganado. Eso se estudia en veterinaria.

AYACUCHO.- ¡Ah!... Y ¿cómo cultivar la papa? Porque el otro día vino un periodista gringo y me dijo que en su tierra se saca 30 veces más papa por topo. ¿Tú sabes como producir más papa?

HIJO ESTUDIANTE.- No , tampoco sé eso de la papa. Mira, tayta Ayacucho, yo he estudiado algo más importante (*Ayacucho se queda quieto y pone mucha atención*). He estudiado sociología... y eso es difícil definirlo.

AYACUCHO.- ¿Has acabado una profesión y no sabes como definirla?

HIJO ESTUDIANTE.- Parece ridículo, pero es así. La sociología no se puede definir fácilmente, es una ciencia nueva, nosotros hemos pasado más de un año viendo su alcance, y la relación con otras ciencias, con la política, la religión, la antropología, la...

AYACUCHO.- Sí, sí, pero, ¿algo habrás estudiado que podrás aplicar a mejorar nuestra tierra? Por ejemplo, ¿sabes cómo restaurar el sistema de regadío de los incas?

HIJO ESTUDIANTE.- No Insistas, tayta ayacucho. Me haces sentir mal con tus preguntas. No sé nada de ingeniería hidráulica, tampoco sé nada sobre erosión de tierras ni inseminación artificial ni erradicación de plagas ni

mejoramiento de semillas, ni procesamiento industrial de productos agrícolas. Nada de eso sé, nada. Pero sé algo más importante. Ah... sé, porqué estamos en esta situación y que debemos hacer para salir de ella. Sé, además, quienes son los culpables de nuestra pobreza.

AYACUCHO.- Mi querido Hijo Estudiante, para saber eso no hubiera sido necesario que te fueras a esa Universidad. Lo que necesitamos es saber cómo arar sin tractor, cómo cosechar otra vez nuestras papas huayro y nuestras papas amarillas, cómo repoblar nuestros cerros con vicuñas, cómo aprovechar mejor las aguas, cómo...

HIJO ESTUDIANTE.- ¡Para! ¡Para! Tayta Ayacucho. Todo lo que hagas por mejorar tu tierra va a parar en manos de los imperialistas.

AYACUCHO.- ¿En manos de quién?

HIJO ESTUDIANTE.- De los imperialistas.

AYACUCHO.- Yo no sé quienes son esos señores, pero lo que si sé, es que aquí nos morimos de hambre. Hijo Estudiante, tenemos que volver a sacar buenas cosechas. Como las de antes. Si pudiésemos producir tanto como decía el gringo periodista, sería mejor todavía.

HIJO ESTUDIANTE.- Ese gringo seguro que era de la CIA.

AYACUCHO.- No, hijo, él era de la Suecia. El mismo me lo dijo.

HIJO ESTUDIANTE.- ¡Ay! Tayta Ayacucho, por eso todo el mundo te engaña. Te apuesto que ese gringo era

una espía de la CIA. Los yanquis mandan sus espías para apoderarse de nuestros pueblos.

AYACUCHO.- (*mira su choza, su vestido, sus papas y repite*) Para apoderarse de nuestros pueblos... Oye hijo, si todos nuestros pueblos son como éste, no creo que valga la pena de venir de tan lejos.

HIJO ESTUDIANTE.- Te voy a explicar bien, tayta Ayacucho. (*Ayacucho se sienta y se pone atento*) Lo que pasa es que toda la economía está manejada por los norteamericanos.

AYACUCHO.- Yo creía que era Don Nicanor. ¿Te acuerdas de él?, el dueño de la tienda del pueblo.

HIJO ESTUDIANTE.- Ese es sólo un idiota, pequeño burgués. Los que realmente manejan esta parte del mundo son los yanquis y muchos traidores se les unen para explotarnos. Nosotros, hemos decidido libertar al pueblo. Escucha, lo primero que hay que hacer es sitiar a las principales capitales, y matarlos de hambre.

AYACUCHO.- (*repitiendo*) Matarlos de hambre. Hijo, ¿Cómo vamos a matarlos de hambre, si nosotros somos los que no comemos?

HIJO ESTUDIANTE.- (*siguiendo su discurso sin prestar atención a Ayacucho*) No le enviaremos alimentos (*Ayacucho se ríe*). Dinamitaremos sus puentes y sus torres de energía eléctrica.

AYACUCHO.- (*muy serio*) Esa dinamita la necesitaremos para abrir túneles y traer agua del río. Oye, si no hay puentes, ¿cómo comerciaremos?

HIJO ESTUDIANTE.- Primero atacaremos Lima.

AYACUCHO.- Oye, hijo, los limeños son medio desgraciados, pero no son cómo para matarlos.

HIJO ESTUDIANTE.- Tayta Ayacucho tienes que comprender que nuestra revolución es la única solución a nuestra miseria. La solución es la lucha armada contra la burguesía. Tendremos que arriesgar nuestras vidas, eso no importa. Ayacucho, he venido a reclutar a mis hermanos y a organizar una guerrilla.

AYACUCHO.- ¿Guerrilla? ¿Para qué? ¿Para arar la tierra? ¿Para componer el tractor? ¿Para traer agua del río? ¿Para cultivar papa huayro? ¿Papa amarilla? *(se va oscureciendo)* Mañana hablaremos más, debes tener mucho hambre. Dime, ¿has comido?

HIJO ESTUDIANTE.- Nada, ni un pan.

AYACUCHO.- ¡AJÁ! Por eso piensas esas cosas, quizás si hubieras comido un poco te habrías olvidado de matar a los demás de hambre. Comerás pan de cebada y un quesito, no tengo más. Yo, ya comí temprano, ahora masticaré mis hojitas. *(Entra a su choza y saca medio pan y un poco de queso. El hijo se sienta en la tierra y come con avidez. Ayacucho empieza a masticar unas hojas de coca. Se hace de noche, las estrellas iluminan el sitio)* ¡Qué preciosas son estas noches, hijo! Estas son las noches ayacuchanas que invitan a la comunicación de los corazones... ¿Sabes? aquí se dio hace mucho tiempo una batalla famosa.

HIJO ESTUDIANTE.- Si, tayta Ayacucho, yo estudié historia americana en la universidad. Me gustó muchísimo, leí varios libros sobre la Batalla de Ayacucho.

AYACUCHO.- ¡Qué bueno! ¿Tienes alguno de esos libros contigo? *(mira la mochila, se acerca ella con intención de abrirla pero su hijo se interpone bruscamente, Ayacucho no insiste)* ... me gustaría saber qué les pasó a los jefes patriotas después de la batalla. sé muy bien lo que nos pasó a nosotros, estamos peor que hace dos siglos. No se ha cumplido ninguna promesa, antes no pasábamos hambre, ahora nos morimos de inanición. Antes teníamos suficiente lana para tejer nuestros ponchos, ahora quedan pocos animales y no podemos abrigarnos. Antes teníamos caminos para comunicarnos con nuestros vecinos, ahora esos caminos están abandonados. Nos prometieron un tren que nunca llegó y ahora nos han puesto un avión para ir a la capital, eso es muy caro para nosotros, sólo viajan los burócratas. Nos prometieron educación, y cerraron la universidad por casi un siglo, ahora enseñan “siología”. Ya no quedan curanderos, no quedan casi vicuñas, ni llamas, ni huanacos, ni quinua, ni ponchos, ni nada. A nosotros, hijo, nos fue muy mal, me pregunto cómo les iría a los jefes patriotas.

HIJO ESTUDIANTE.- Yo te puedo contar esa historia *(acomoda la mochila para recostar la cabeza en ella. Más tranquilo, saca un papel y una bolsita con yerbas, se hace un cigarro)*. Tú con tu coca, y yo con esta otra hierba.

AYACUCHO.- Masticar las hojas de coca me da fuerza y me quita el hambre. Cuando coma bien, la dejaré. ¿Sabes tú, realmente, qué pasó con los jefes patriotas?

HIJO ESTUDIANTE.- *(aspirando con voluptuosidad su cigarro)* Claro, tayta Ayacucho. Te lo voy a decir si me prometes escuchar mañana mis planes guerrilleros.

AYACUCHO.- de acuerdo, mañana te prometo escuchar tus planes. Sólo escucharte, hijo. *(ayacucho se recuesta junto a su hijo, le acaricia su cabeza)*.

HIJO ESTUDIANTE.- *(mirando las estrellas, habla lentamente como recordando. Da grandes aspiradas al cigarro)*. Fue muy triste lo que les pasó a los vencedores. Muy triste. Siento, ahora como si estuviesen aquí *(aspirando su cigarrillo)*.

AYACUCHO.- *(masticando sus coca)* Están aquí. Claro que están aquí.

HIJO ESTUDIANTE.- *(sigue dando buenas aspiradas al pitillo, mirando al cielo)* ¿Qué puede decirle a Ayacucho, Ud., señor general La Mar? *(el General, vestido como cuando fue al campamento realista la tarde anterior a la batalla, sale detrás de la choza. La luz es algo baja, pero se le distingue muy bien)*.

LA MAR.- Ayacucho, a los vencedores nos fue muy mal. Morimos en la pobreza del exilio unos, y asesinados otros. Todo debido a luchas internas, a nuestra falta de unión, y a la ambición por el poder. Todos nuestros cuerpos estuvieron bajo tierra antes que terminase el año 1830; sólo seis años después de la batalla.

AYACUCHO.- No les tengo lástima, mis hijos murieron antes que Uds. y los hijos de mis hijos y los nietos de mis nietos siempre fueron carne de cañón en todas las

guerras y revoluciones posteriores. (*Ayacucho se levanta*)
¿Y el jefe de todos Uds.? ¿Qué pasó con el gran mensaje
de Unión Americana del señor Bolívar?

LA MAR.- El virrey La Serna tuvo razón. Bolívar fue un bribón, a los dos años de la Batalla de Ayacucho, Bolívar se autonombró Presidente Vitalicio del Perú ¡Vitalicio! Presidente vitalicio, Ayacucho, quiere decir ser presidente hasta que uno se muera, exactamente como un rey. Como el Rey de España, igual. Era un ególatra, quiso ser el Napoleón de América. Bolívar odiaba al Perú, le tenía miedo, nos quitó Guayaquil, donde yo nací; separó el alto Perú y le puso nombre, Bolivia; también nos quiso quitar..

SUCRE.- (*aparece Sucre, interrumpiendo*) ¡eso no es verdad! Lo que sucedió fue que los políticos locales le tenían envidia. Sin el apoyo de Bolívar y la ayuda del ejército colombiano, no se hubiera logrado la independencia del Perú.

LA MAR.- Eso es muy cierto, Sucre. Las tropas colombianas lucharon con bravura por obtener nuestra libertad, sin Bolívar la Independencia del Perú hubiera demorado muchos años, poniendo en peligro a la del resto de América. El Perú les agradeció muy bien premiándolos con grandes sumas de dinero. Sin embargo, eso no quita el hecho que Bolívar desmembró nuestra patria.

SUCRE.- El Alto Perú estaba separado administrativamente del Perú desde la Colonia. El mismo pueblo boliviano nos lo pidió. ¿Qué podíamos hacer? Otra cosa, La Mar, también es mentira que él pidiera el título de Presidente Vitalicio, éste le fue otorgado por el Consejo de

Gobierno del Perú cuando Bolívar estaba de viaje en Colombia.

LA MAR.- El no estaba en Lima, es verdad, pero su presencia se notaba porque dejó a su ejército colombiano y a sus secuaces para intimidar a toda la población. (*dirigiéndose a Ayacucho*) En fin, Ayacucho, los peruanos pudieron, de alguna manera, liberarse de la influencia de Bolívar y yo fui nombrado el primer Presidente del Perú independiente. Eso ocurrió en 1827 a los tres años de la batalla. Luego me vi forzado a declarar la guerra a Bolívar que mangoneaba Colombia; quería amputar otra vez el Perú y quitarle las provincias de Jaén y Maynas. Fui a la guerra y me enfrenté en el Portete de Tarqui a las fuerzas colombianas dirigidas por Sucre. Fue en Febrero de 1829.

AYACUCHO.- (*levanta los brazos, escupe la coca y se dirige a La Mar*) ¡Qué barbaridad! No lo puedo creer. ¿Es decir que tú, La Mar, peleaste contra Bolívar y contra Sucre?

SUCRE.- EXACTO, Y PERDIÓ! “Cuatro mil bravos colombianos derrotaron a ocho mil peruanos”. Así lo puse en mi parte al Libertador.

LA MAR.- Sucre, ya lo dijo el general Canterac, tú nunca fuiste bueno para las matemáticas. Las fuerzas en el campo de batalla fueron casi iguales, y tampoco me derrotaste, ¿no te acuerdas que firmamos un pacto al final de la batalla? Hasta ahora Jaén y Maynas son del Perú.

SUCRE.- La verdad fue que La Mar traicionó a Bolívar, lo obligué a retroceder y al regresar al territorio peruano lo derrocaron y deportaron a Costa Rica.

LA MAR.- Nunca traicioné la Causa Peruana. A pesar que un año más tarde morí pobre y desterrado, jamás culpé a mis compatriotas de ello. Pude saber antes que tú, Sucre, habías sido asesinado. No creas que me alegré al escucharlo. Tú, el fiel vasallo de Bolívar, te le apartaste cuando caía. ¿Quién te asesinó, Sucre?

SUCRE.- Eso no interesa, hasta ahora es algo confuso. Yo estaba frustrado al ver con impotencia el fracaso de un sueño. El sueño de la Unión Latinoamericana se deshacía. Bolívar la describió patéticamente, “nuestros esfuerzos habían sido como arar en el mar”. El Libertador había ciertamente caído del poder y no había forma de reponerlo. Estaba, además, muy enfermo, se moría virtualmente. Le escribí que me retiraría al Ecuador, mi atractiva esposa y mi tierna hija me reclamaban; no me interesaba seguir luchando. Bolívar, lo entendió así... partí con una pequeña escolta al Ecuador y cuando atravesaba en la noche un desfiladero llamado Berruecos, fuimos atacados. No los pude reconocer. Yo tuve la culpa, fui un necio en ir sin la debida protección. Tenía tan sólo 35 años.

AYACUCHO.- ¡Qué joven!

CÓRDOVA.- *(apareciendo de atrás de la choza)*
¡Qué dirías tú de mí! Bolívar ordenó mi asesinato cuando tenía sólo 30.

AYACUCHO.- ¿Treinta años, nada más?

CÓRDOVA.- Sí, Ayacucho, treinta años. Fue un año antes del asesinato de Sucre. Estuve forzado, al igual que La Mar, a luchar contra el tirano.

SUCRE.- Estabas loco, no tenías ni cien buenos hombres. Los otros doscientos eran jóvenes reclutas. Bolívar te envió a ...

CORDOVA.- Al mercenario irlandés, Daniel O’Leary, con ochocientos veteranos, y yo les hice frente; así somos los valientes de la tierra colombiana. Luchamos ardorosamente y perdimos. Otro irlandés, llamado Ruperto Hand, al verme herido me asesinó despiadadamente. Hizo bien, porque sino, me recupero y vuelvo a levantarme contra Bolívar.

AYACUCHO.- Estas matanzas han seguido hasta ahora, nuestros pueblos no aprenden. A veces pienso que la independencia que conseguimos fue para tener la libertad de matar al vecino o al hermano. Mientras tanto, muchos pueblos indígenas viven peor que en la Colonia. La Independencia no mejoró nuestra condición de vida. El Himno Nacional sólo lo entienden los limeños. *(canta)* “La humillada cerviz levantó”, a los serranos nos siguen pisando el cogote; ahora es el gobierno y los capitalinos.

HIJO ESTUDIANTE.- *(también se para)* Bien dicho, Ayacucho. ¡Bravo! Estamos explotados por la burguesía imperialista, por los yanquis. Pronto vendrá la verdadera independencia. La obtendremos por la fuerza.

AYACUCHO.- No me cambies las palabras, Hijo Estudiante. Yo no he dicho eso. Yo digo que los políticos ca-

pitalinos nos han fregado. Eso es todo. Tus guerrillas son peligrosas, nos traerán más muerte. *(Se oye una voz que viene desde el centro de la platea, va en aumento; es el mismo actor que hace de capitán Quintanilla, ahora es el Hijo Policía, uniformado de comando con metralleta, cuchillo de guerra, granadas al cinto, walkie-talkie, etc.etc.)*

HIGO POLICÍA.- Tayta Ayacucho, tayta ayacucho, tayta Ayacucho, soy yo, tu hijo, policía de la Benemérita Guardia Civil del Perú.

HIGO ESTUDIANTE.- *(nerviosísimo)* Yo me escondo, no le digas que he venido. *(entra corriendo a la choza, deja su mochila, Ayacucho la cubre con una manta. Los héroes patriotas se alejan un poco, pero no desaparecen.)*

HIGO POLICÍA.- *(subiendo al escenario)*¿Por qué no contestas tayta Ayacucho? ¿Con quién hablabas?

AYACUCHO.- Dame un abrazo hijo policía. *(se abrazan)* Hablaba con los fantasmas.

HIGO POLICÍA.- ¿Saben quechua los fantasmas?

AYACUCHO.- Por supuesto, son bilingües como tú y yo.

HIGO POLICÍA.- A mí me encanta el quechua, aunque los limeños me miran con desprecio cuando lo hablo. A mí no me importa porque yo soy la Autoridad.

AYACUCHO.- Oye, Autoridad, ¿Qué haces con tanta arma colgada?, eso no lo necesitarás aquí, en nuestra tierra. ¿Vienes de maniobras militares?

HIJO POLICÍA.- No, estamos buscando a unos peligrosos guerrilleros, son terroristas. Mi capitán me dio permiso para visitarte esta noche. Me da mucho gusto verte, tayta Ayacucho. Extraño mucho mi tierra. ¿No tienes alegría verme oficial de la Guardia Civil?

AYACUCHO.- A mí me da alegría verte siempre, seas oficial o no. Dime, ¿qué puede hacer la autoridad por nuestra tierra?

HIJO POLICÍA.- Nosotros imponemos la paz social, detenemos a los ladrones, estafadores, asesinos, calumniadores. Estamos al servicio del pueblo. El honor es nuestra divisa, nuestro lema.

AYACUCHO.- ¿es verdad todo eso?

HIJO POLICÍA.- La purísima verdad.

AYACUCHO.- Vas a tener mucho trabajo por aquí. Comienza apresando a los que nos vienen calumniando por siglos, diciendo que somos flojos, brutos, y mentirosos, ¿lo puedes hacer?

HIJO POLICÍA.- *(sorprendido)* ¿Encarcelar a los que nos acusan de flojos, brutos, mentirosos, indolentes, hipócritas, crueles y muchas cosas más?*(reflexionando)* Temo que no. La justicia no consideraría ese delito lo suficientemente grave como para encarcelar a un ciudadano.

AYACUCHO.- Oye, Autoridad, ¿no es grave que esas calumnias estigmaticen a tus hermanos y los discrimi-

ne por el sólo hecho de ser cholos? Si no puedes encarcelar a esos inveterados mentirosos, ¿puedes, entonces arrestar a los que han robado nuestras ilusiones, las esperanzas que teníamos de desarrollarnos al mismo tiempo que el resto del mundo? ¿Puedes apresar a los que nos han estafado, vendiéndonos revoluciones fáciles que cuestan la vida a miles de tus hermanos? ¿Puedes capturar a los que asesinan, matando de hambre a nuestro pueblo? ¿Puedes lograr eso, Autoridad?

HIJO POLICÍA.- *(desalentado)* Lamento, tayta Ayacucho, no tengo autoridad para hacer nada de lo que justamente pides. Yo cumplo la Ley y ésta la escriben los mismos a quienes tú acusas. Lo siento, me gustaría tener mejor respuesta.

AYACUCHO.- Tú no tienes la culpa hijito. Hace muchos siglos que venimos esperando a alguien que sepa defendernos. ¿Sabías que en esta tierra se dio una famosa batalla?

HIJO POLICÍA.- Sí, la aprendí bien en la Escuela de la Guardia Civil; igualmente, lo que pasó con los que perdieron, los realistas. Tuve profesores españoles, pertenecían a la Misión Española de la Benemérita. Ellos me lo contaron.

AYACUCHO.- ¡Qué interesante! Recuéstate bien hijo *(pone unos pellejos junto a la mochila cubierta que la usa como almohada)*. A ver, cuéntame.

HIJO POLICÍA.- ¡qué cansado estoy! *(se recuesta poniendo su armamento cerca de él. Ayacucho se echa a su costado)*. ¡Ay, tayta Ayacucho! Regresaron desmoralizados y la recepción que se les dio en España fue muy injusta. Si estuviera aquí el virrey La Serna te diría...

LA SERNA.- *(apareciendo por atrás de la choza, como lo hizo anteriormente La Mar. Los héroes patriotas que estaban un poco distanciados se le unen)* Nos acusaron de todo, desde ineptos hasta traidores. El gobierno deslizó una malévolamente calumnia, dijo que habíamos traído mucho dinero, pero muy poco honor.

AYACUCHO.- *(parándose)* A los pueblos no les gusta ver el regreso de los hijos derrotados. ¡Qué injusticia! Muchas veces los derrotados se esfuerzan y sacrifican más que los victoriosos. A Uds., yo los podría acusar de otras cosas, pero no de cobardía ni de deshonestidad. ¡Qué ingratitud!

VALDÉS.- *(apareciendo)* Peor que eso, por Real Orden nos prohibieron acercarnos a menos de 30 leguas de la Corte. Yo tuve que quedarme más de tres años cerca de la frontera con Francia.

CANTERAC.- *(apareciendo)* Así pasamos 8 largos años, hasta que...

AYACUCHO.- Disculpe que lo interrumpa. Al fin y al cabo Uds. no murieron por los insultos; los patriotas ya estaban por este tiempo bien muertos a pesar de los elogios.

TODOS LOS PATRIOTAS.- Es verdad. Es cierto.

MAROTO.- *(apareciendo)* Después de 8 años vimos como España se dividía ante la inminente muerte del Rey. El pretexto era la confusión sobre la Ley Sálica que prohi-

be a las mujeres heredar la corona. A excepción mía, todos los que estuvieron en el Perú, “Los Ayacuchos”, se pusieron al lado de la reina gobernadora, María Cristina, que estaba apasionada por las ideas liberales. Su hija Isabel tenía dos años apenas. Yo, en cambio, puse mi espada al servicio de Don Carlos, el hermano del Rey y pretendiente de su trono. Él tenía ideas absolutistas y era un recalcitrante católico.

LA SERNA.- Por esa época fallecí en mi Cádiz a los 62 años. Las heridas del alma agravaron las del cuerpo. Mi consuelo, al final, fue ver a mis amigos, “Los Ayacuchos” como despreciativamente nos llamaban, escalan las más altas posiciones en el Ejército Español. Morí en paz, sin rencores ni remordimientos.

AYACUCHO.- No hay edad buena para morir, pero 62 años... en esa época... y con los trajines que Ud. llevó toda la vida... no está mal. ¿Y, los demás?

MAROTO.- Yo tomé los últimos sacramentos a la edad de 70 años. Los chilenos exageraron un poco al enterrarme en el Panteón de los Héroes, conmemorando el centenario de la Batalla de Chacabuco. ¿Se acuerdan, esa batalla que perdí?

AYACUCHO.- ¡Qué generosos habían resultado los chilenitos!

MAROTO.- Bueno, quizá contribuyó mucho el haberme casado con una guapa chilena quien me convenció a jubilarme en ese país. Ayacucho, ¿recuerdas a Espartero?

AYACUCHO.- Sí, Espartero, recuerdo su nombre. El no llegó a tiempo a la Batalla porque Bolívar lo apresó y por poco lo despacha al otro mundo. Creo que había por medio una cuestión de polleras.

MAROTO.- Pues bien, ese Espartero llegó a ser el jefe militar de todas las fuerzas “Isabelinas” y yo de las “Carlistas”. Habíamos luchado durante seis años en una cruenta guerra civil llamada Carlista.

AYACUCHO.- Ya comprendo de a donde nos vienen las tendencias fratricidas...

MAROTO.- Es posible, aunque en este caso sirvió mucho el haber sido ambos camaradas en el Perú. Yo comandaba un ejército de veinticinco mil hombres, Espartero tenía algo más. Nos encontramos finalmente, frente a frente, en Vergara. La batalla iba a ser muy encarnizada, afortunadamente Espartero y yo decidimos terminar esa lucha, salimos al encuentro los dos generales. Solos. Nuestros ejércitos nos miraban desconcertados, creían que nos habíamos vuelto locos, vieron que en vez de batirnos, nos dimos el histórico abrazo de Vergara. Los miles de soldados se unieron a nosotros en júbilo indescriptible. Se firmó allí mismo la paz que le dio a Espartero la presidencia del gobierno, después se le nombró Regente, y por último cuando ya era muy mayor se le propuso, el mismo Reino de España. El no quiso aceptarlo. Espartero llegó a recibir más títulos que ningún otro español en la historia, entre ellos Conde de Luchana, Duque de la Victoria y Príncipe de Vergara. Tenía ochenta y seis años cuando falleció.

SUCRE.- ¿Ochenta y seis años? ¡Qué ironía! Bolívar murió a los 47, pobre y abandonado por todos.

AYACUCHO.- ¿Y qué pasó con los demás?

FERRAZ.- (*apareciendo*) Todos participamos en las más altas posiciones del gobierno. Éramos muy conscientes de la necesidad de democratizar nuestra sociedad e instituciones. Nuestra experiencia en América reforzó la pasión por las ideas liberales que teníamos. Desde nuestros cargos pudimos realizar una gran labor. Fuimos muy unidos. Yo fui diputado, senador, tres veces ministro de Guerra. Llegué a ser Jefe del Gobierno. Fallecí a los 73 años.

AYACUCHO.- ¡Cómo duran los gachupines! Disculpen, lo dije con cariño.

CANTERAC.- No todos murieron viejos, a mí me asesinaron a los 38 años.

VALDÉS.- Fue un accidente, mas bien. Siendo Canterac, el Capitán General de Madrid, le encargaron debelar un motín de extremistas liberales que se habían levantado en la Puerta del Sol. Las cosas no iban a más. (*comenzando a reírse*) Canterac entra a la cabeza de su regimiento entonces para calmar a los insurrectos quiso gritar ¡Viva la Reina! Y le salió un ¡Viva el Rey! Alguien le disparó inmediatamente al pecho.

TODOS.- Ja, Ja, Ja. ¡Qué gracioso!

AYCUCHO.- No debían reírse. Los accidentes son parte de nuestra fragilidad humana, sin embargo pocas veces causan gracia a la víctima.

VALDÉS.- Rodil, el que estuvo tres años sitiado en el Real Felipe del Callao, fue nombrado Marqués de Rodil, llegó a ser Presidente del Consejo de Ministros, Virrey de Navarra y otros importantes cargos. Murió a los 64 años. Y para acabar la ronda, yo me fui de este mundo a los 69 después de haber sido Gobernador de Cuba, diputado de las Cortes, Presidente de la Junta de Agricultura y también Virrey de Navarra.

AYACUCHO.- ¿Había también, virreyes en la misma España? ¡Qué curioso! Yo creía que era sólo un triste privilegio de las colonias. Díganme, ¿a parte de morir viejos y haber ocupado altos cargos, hicieron algo por España?

LA SERNA.- Lo que es hoy España, se lo debe a las ideas liberales por las cuales combatimos. Nos unimos a los intelectuales de la época y luchamos por esos ideales. Acabamos con la nobleza inútil y el clero ignorante. Establecimos la igualdad de todos los españoles ante la ley, y lo más importante, enseñamos a nuestro pueblo a ser tolerante con las nuevas corrientes ideológicas.

LA MAR.- Lo que enseñaron duro muy poco, porque hubieron otras guerras civiles en España que fueron muy cruentas. El mundo se ha horrorizado al verlas.

VALDÉS.- Cierto, La Mar. A España le costó un siglo aprender la lección. Al fin la han comprendido aunque siempre quedarán algunos fanáticos por allí. Dejamos una semilla bien plantada. Nosotros, “Los Ayacuchos”, aportamos enormemente a los que es la democracia actual.

AYACUCHO.- En América no se conoce bien esa parte de la historia

FERRAZ.- En nuestra tierra tampoco se recuerda bien que todos los que peleamos en el Perú fuimos los líderes del gobierno de esa época. Los países viejos como España tienen la memoria repleta de grandes conmemoraciones. Ya faltan calles para que lleven el nombre de los héroes. ¡Ah!, sin embargo, una calle importante de Madrid lleva mi nombre, Ferraz. Hay por supuesto muchas calles, plazas y monumentos que llevan el nombre de los colegas que peleamos en el Perú.

VALDÉS.- Como ves, Ayacucho, recobramos el honor.

MAROTO.- Morimos reivindicados por nuestra Patria. Ancianos y abrumados de honores.

LA SERNA.- Señores Patriotas, ¿veis cómo él que rió último, rió mejor?

SUCRE.- Nada de eso, Uds. sólo son fantasmas de la historia y ya pocos los recuerdan. La gloria de Bolívar y la nuestra, sí que es imperecedera y omnipresente. A pesar del desastroso fin que tuvimos, del desengaño que causamos y la triste herencia que dejamos, muchas ciudades, provincias, estados y hasta una nación llevan nuestro nombre. El mito de los vencedores de Ayacucho, “Los Ayacuchos” de este lado, los que independizamos América para forjarla unida y progresista, sobrevive largamente.

AYACUCHO.- Parece ser que los mitos crecen más fuertes en las naciones más débiles. Bien dice el refrán: “Dime de que presumes y te diré de que adoleces”. Yo, sin

embargo, no puedo hacer otra cosa que alegrarme de que todos Uds. estén contentos con su suerte. Sinceramente, los felicito, se lo merecen. Me gustaría decir lo mismo sobre el protagonista más importante de la batalla de Ayacucho. “Los Ayacuchos” de esta tierra no tenemos monumentos ni calles ni plazas. No existe en el Panteón de los Héroes ni en los libros de historia ni en las publicaciones oficiales ni en ningún archivo bibliotecario, referencia alguna a la contribución que el pueblo de Ayacucho hizo por la independencia del país. Ayacucho es para la historia, sólo un lugar en América en el cual el Ejército Libertador de Bolívar, dirigido por Sucre, Córdova y La Mar, derrotó a los realistas comandados por el virrey La Serna, firmándose la capitulación del último virreinato de América. De los miles de ayacuchanos que murieron aquí, ni una sola palabra. Repito, lo peor del caso es que después de la batalla, mi pueblo ha seguido peleando por causas que no entendemos bien. En fin señores héroes de Ayacucho, Uds. “Los Ayacuchos”, sigan disfrutando su gloria. Vean que lo digo, sin envidia ni ironía. Gracias por haber satisfecho mi curiosidad. *(los héroes se retiran un poco, sin desaparecer)*.

HIGO POLICÍA.- ¡Qué bellas son las noches aquí, tayta Ayacucho! Ahora, ¿quieres que te diga cómo vamos a acabar con los guerrilleros de esta zona?

AYACUCHO.- No me digas, por favor. *(mirando las armas)* No es necesario. Ahora, duerme Higo Policía, acurrúcate en mis brazos como cuando eras pequeñito. Los hijos siempre son pequeños para mí. *(se acuestan en el suelo, Ayacucho acaricia la cabeza de su hijo como si fuera todavía un niño. Recuestan sus cabezas sobre la mochila)*.

HIJO POLICÍA.- Te quiero muchísimo, tayta Ayacucho. *(le fastidia la mochila)* ¡qué dura cosa tienes como almohada! ¿Qué es?

AYACUCHO.- Son libros de “siología”, los traje tu hermano el Hijo Estudiante.

HIJO POLICÍA.- Creo que ha traído ladrillos. Está muy duro. *(se levanta, quita la manta)* A ver qué es esto *(abre la mochila)* ¡Quéé? *(saca armas y cintas de municiones)* Aquí hay un arsenal terrorista. *(toma rápidamente sus propias armas, coje el walkie-talkie)*. Llamando a patrulla rosa, llamando a patrulla rosa, conteste. *(pausa)* Capitán, he encontrado armas terroristas en la choza de mi padre. Dice que pertenece a un hermano mío. *(pausa)* Entendido, sí mi capitán, corto y fuera. *(dirigiéndose a Ayacucho, con la pistola ametralladora en la mano)* Tayta Ayacucho, ¿cuántos son los terroristas? ¿Por dónde se fueron?

AYACUCHO.- *(parándose)* Tranquilo hijito, esas cosas son de tu hermanito. El vino solo y se fue hace mucho rato por allá. Yo creía que eran libros. ¿Qué le harán si lo encuentran?

HIJO POLICÍA.- Si podemos, lo capturamos para entregarlo a la justicia. Lo más seguro es que hagamos con él, lo mismo que él haría con nosotros. Lo ejecutaríamos en el acto.

AYACUCHO.- ¡Es tu hermano!

HIJO POLICÍA.- ¡Es un fanático comunista! ¡Un terrorista! Lo buscaremos esta misma noche. El capitán no tardará en venir. Ya lo había rastreado. Tú, tayta Ayacucho, ¿no estás metido en esto o...sí?

AYACUCHO.- Todo lo que concierne a mis hijos me concierne.

HIJO POLICÍA.- ¿Escondes más armas?

AYACUCHO.- Yo no puedo esconder ni la vergüenza de verlos matándose entre hermanos.

HIJO POLICÍA.- Así es mejor.

AYACUCHO.- ¿Tú serías capaz de matar a tu padre?

HIJO POLICÍA.- No me pongas en ese dilema. Allí veo las señales de mi jefe. *(se acercan por la platea un capitán y un guardia civil, suben, se saludan militarmente)*. Buenas noches, mi capitán, estas son las armas que abandonó el terrorista antes de huir por los cerros de atrás.

CAPITÁN.- ¿Ya revisó esta área?

HIJO POLICÍA.- No mi capitán, lo iba hacer ahora mismo.

CAPITÁN.- ¡Qué cojudo es Ud. oficial! A ver cúbranme. *(se acerca a la choza con la pistola ametralladora lista a disparar, seguido por los otros)*.

AYACUCHO.- *(grita)* Nooooooooo; ¡Espere!
¡Nooooooooo!

CAPITÁN.- *(corre a la choza, pateo la puerta, entra y se oyen ráfagas de fuego. Sale el capitán)* Ese indio terrorista está ya bien muerto.

AYACUCHO.- (*gimiendo*) “¡Istá ben asesinado!”
(*entra en la choza*).

CAPITÁN.- ¡Cuándo aprenderán a pronunciar bien el castellano? Oficial, es un perfecto cojudo. No le han enseñado en repetidas ocasiones que no debe confiarse en nadie. Ud. vino a conseguir información y no arriesgar nuestro pellejo. Deben haber más terroristas cerca. ¿Tiene Ud. otros hermanos?

HIJO POLICÍA.- Sí, son jóvenes todavía, deben estar pastando ganado.

CAPITÁN.- Estoy seguro que también son terroristas, vamos a buscarlos. UD, oficial, se queda aquí. Una vez que le pase la histeria al viejo sáquele, esta vez, toda la información. ¡Mantenga los ojos abiertos! Use su arma al menor movimiento sospechoso!

HIJO POLICÍA.- Le prometo mi capitán que eso no me vuelve a pasar.

CAPITÁN.- Así espero. Nos vemos a las 00.30. (*se saludan militarmente*).

HIJO POLICÍA.- (*hablando solo*) El terrorismo está minando la sociedad. Hay que extirparlo desde sus raíces. (*repite en voz más alta*) Hay que extirparlo desde sus raíces.

AYACUCHO.- (*saliendo de la cabaña*) La raíces de mi Hijo Estudiante y tus raíces son las mismas. Mucho de indio, algo de español, y todo lo que es esta tierra. Esa es la verdadera raíz. Lo que están haciendo Uds. con Ayacu-

cho es un suicidio colectivo, una loca auto inmolación defendiendo las causas de otros, no las nuestras.

La verdadera causa de Ayacucho debería ser defender nuestra paz. Hay que ver a un hijo muerto con su cráneo destrozado, con las vísceras salidas, con sus extremidades grotescamente dislocadas, para darse cuenta de lo que significa la violencia. Hijo Policía, yo creo que la autoridad debía traer la paz y no la guerra. Mira a tu hermano para que te des cuenta de lo que te digo. Anda, entra y mira lo que ha hecho la Autoridad.

(El hijo Policía entra a la choza, Ayacucho sigue hablando solo). Ya estoy cansado de ver como engañan a mis hijos, estoy comenzando a perder las esperanzas.

(Unas sombras silenciosas van avanzando a salto de mata por atrás de Ayacucho, finalmente llegan y le tapan la boca con la mano, lo amenazan con un cuchillo de caza, son dos o más. Se aproximan a la puerta de la choza esperando al Hijo Policía)

HIJO POLICÍA.- *(saliendo)* ¡Qué horror! ¡Tayta Ayacucho, tienes razón!

TERRORISTA.- *(lo toma por el cuello, poniéndole el cuchillo en la espalda).* No hagas el menor movimiento porque te mato. *(el otro terrorista lo desarma y le ata las manos atrás. Se oye a lo lejos varias ráfagas de ametralladora y maldiciones).* Ya cayeron tus amigos. Bonita emboscada le dimos.

AYACUCHO.- *(soltándose)* ¿Cómo puedes ser bonita la muerte?

TERRORISTA.- Ya verás cuando tu hijo nos la pida. *(dirigiéndose al hijo)* Ahora, miserable esbirro, dinos ¿qué es lo que la policía sabe de nosotros?

HIJO POLICÍA.- Sabemos lo que todo el mundo sabe, que asesinan a miles de campesinos por no unirse a Uds., que ponen coches-bomba en muchas ciudades matando a cientos de inocentes, entre ellos a niños y mujeres. Uds. son los que vuelan puentes, torres eléctricas, fábricas etc. etc. En fin no son mas que unos fanáticos extremistas.

AYACUCHO.- Mis hijos no pueden hacer eso. ¡Digán que es mentira!

TERRORISTA.- Una revolución tiene un precio. Siempre caen unos cuantos inocentes. La gran mayoría, sin embargo, se beneficiará cuando alcancemos la victoria final. Tenemos, antes que acabar con las raíces de la injusticia y con todos los esbirros. *(dirigiéndose al Hijo Policía)* Dinos de una vez, desgraciado, ¿qué es lo que la policía sabe sobre nuestras fuerzas? ¿cuántos creen que somos? ¿cuáles son los planes de ataque?

HIJO POLICÍA.- Yo no diré nada. ¡Malvados asesinos! ¡Váyanse a la puta que los parió!

TERRORISTA.- Ahora vas a cantar o te cargamos como a los otros *(lo llevan a la choza, se oyen desgarradores gritos de dolor, después un tiro, salen los terroristas y se pierden en la oscuridad)*.

AYACUCHO.- ¿Pero, quién puede comprender esto?, ¿cómo han podido envenenar las mentes de mis hijos

hasta este extremo, (*dirigiéndose al público*) Señoras y señores esto es real, esto pasa hoy, aquí mismo. (*a los héroes de la Batalla de Ayacucho, que avanzan de la oscuridad*) Ilumínenme, señores héroes, díganme ¿qué se puede hacer. Mejor, díganme que esto no es real, que es sólo una larga pesadilla de dos siglos. Díganme que los irresponsables soñadores que juegan con la vida de otros, no existen. Díganme que la indiscriminada represión criminal es sólo algo de la Santa Inquisición, ya extinguida. Díganme que no existen tontos útiles, atraídos por indeseables ideas, ni sabios inconsecuentes ni políticos insensatos ni sociedades secretas de subversión, ni fraternidad e criminales dentro de los que guardan la ley y el orden público. Por favor, díganme que la intención democrática de los héroes de Ayacucho vive en nuestros corazones. Díganme, que todo esto no es cierto. Por favor, díganmelo. (*los héroes de la batalla se acercan a Ayacucho*).

LA SERNA.- (*hablando calmadamente*) No es una pesadilla Ayacucho, lo siento. La historia de Ayacucho es injusta.

SUCRE.- La realidad de tu pueblo es verdaderamente trágica. Parecería que de toda la herencia que dejamos, sólo sobrevivió lo peor.

AYACUCHO.- Bueno, si todo esto es verdad. Ayacucho no debe seguir existiendo. (*al público*) Señoras y Señores, pueden retirarse ahora, gracias por su paciencia y simpatía. Pueden contar a sus amigos que han visto morir al pueblo de Ayacucho, un pueblo que sobrevivió de algún modo tres siglos se colonialismo, pero que no resistió os casi dos siglos de república. Cuenten lo que vieron aquí y lo que no vieron, la imaginación no se equivocará.

Ayacucho luchó por todas las causas. Abusaron de un pueblo gallardo e inocente que tuvo algún día la vocación de ser feliz. Ahora no quedan esperanzas. Así acaba Ayacucho. Así acaban “Los Ayacuchos”. (*Ayacucho camina a la choza, abre la puerta, va a entrar*).

VALDÉS.- ¡Alto! Ayacucho, no mueras. Todavía tienes hijos.

AYACUCHO.- (*contestando desde la puerta*) Mis hijos están locos, no oyeron mi consejo de pelear valientemente por la Paz. Esto requiere más valor que matar al amigo, al pariente, al vecino. Ahora ya no son ayacuchanos, que se cambien de nombre y que se vayan.

LA MAR.- Ayacucho, tu tierra no ha cambiado, aquí está la luna y las estrellas que iluminan tu choza y tu sendero. Pronto vendrá El Sol de Mayo. Aún hay vizcachas vivarachas y llamas distinguidas. (*Ayacucho regresa lentamente y va recuperando postura*).

CÓRDOVA.- Ayacucho, todavía tienes tu amable sierra y el cálido valle.

CANTERAC.- Hay aún semillas de papa huayro, Ayacucho.

MAROTO.- Y de papa amarilla. Tienes todavía algo de maíz, de quinua y de olluco.

FERRAZ.- Ayacucho, aún trina el zorzal, la alondra y el jilguero.

LA SERNA.- Hay muchas hermosas y sanas mujeres, Ayacucho.

SUCRE.- Todavía tienes hijos, Ayacucho. No puedes morir. Estás condenado por nosotros a encontrar la paz.

TODOS.- Sí, te condenamos a encontrar la Paz. La Paz. Ayacucho estás condenado a buscar la Paz. Condenado. Condenado a buscar la Paz.

AYACUCHO.- (*va amaneciendo mientras habla*)
Está bien, está bien. Disculpen, es la primera vez que flaquea mi espíritu. Tienen razón. Haré mi último esfuerzo. Pero esta vez, yo mandaré en mi destino. Sólo obedecerá a mi conciencia. No dejaré que se lleven a mis hijos. Mi paz ya no la encontraré en las ideas y costumbres ajenas, sino mejorando y perfeccionando las ideas y costumbres que ya teníamos. Mis hijos volverán a trabajar para nuestro pueblo. Estudiarán lo que necesitamos saber. Tendremos muchos ingenieros agrícolas y pocos abogados; muchos veterinarios y pocos sociólogos, muchos ingenieros de minas y pocos antropólogos, muchos mecánicos, electricistas, plomeros, carpinteros y pocos policías, militares y detectives. Tendremos muchos empresarios, profesores y médicos, y pocos políticos, burócratas y jueces. Tendremos más escuelas y hospitales y menos cuarteles y cárceles. Mis hijos tendrán mucha más ilusión por volver a Ayacucho que por irse a la capital. Estudiarán mucho para enriquecer Ayacucho, no para enriquecer lo ya rico. Las ayacuchanas se modernizarán para ayudar a nuestro progreso y no perderán la feminidad que las adorna. Habrán más libros, lampas, picos, serruchos y martillos y no habrá armas de odio, desolación y muerte. Sí, señores Héroe, la salvación de Ayacucho está en nuestras manos. Está en mis manos. (*dirigiéndose al público*) ahora sí, paciente público, pueden salir del teatro convencidos que Ayacucho no ha muerto. La alegría de la esperanza ilumina mi futu-

ro. ¡AYACUCHO SIGUE EN PIE! ¡AYACUCHO VIVE! ¡AYA-
CUCHO CANTA!

TODOS LOS HÉROES.- ¡VIVA AYACUCHO! ¡VIVA
AYACUCHO!

AYACUCHO.- ¡VIVAN “LOS AYACUCHOS”!

TELÓN

NOTA BIBLIOGRÁFICA

La Batalla de Ayacucho es sin duda la batalla más documentada de Latinoamérica. Aunque hay cientos de libros que la describen, comentan y analizan, los hechos históricos que esta obra relata están principalmente basados en la memorias de importantes personajes que tuvieron un papel decisivo en el desarrollo de los acontecimientos, y en documentos oficiales relacionados con la batalla.

Las memorias que han sido consultadas son:

1.- *Memoirs of General Miller In the service of the Republic of Perú*; London 1828. Paternoster-Row, Publicadas por el hermano de Guillermo, John Miller.

2.- *Memorias para la historia de las Armas Españolas en Perú*; General García Camba. Madrid 1846, Hortelano y Cia., dos tomos.

3.- *Memorias del Mariscal de Campo Don Jerónimo Valdés*; publicadas en cuatro tomos por su hijo el Conde de Torata. Madrid 1894/1896.

4.- Relatos de Juan Basilio Cortegana y Manuel de la Haza; publicados por la Editorial Milla Batres en 1974 bajo el título de *Historias de las Batallas de Junín y Ayacucho*, compilador Rubén Vargas Ugarte.

Los partes de guerra y la capitulación son documentos ampliamente conocidos. Hay en la obra mención a otros dos importantes escritos que están algo ignorados:

1.- Carta de Simón Bolívar al general Antonio Pedro Olañeta, propiedad de la Universidad de Indiana, EE.UU., que aparece en la Recopilación Documental de Juan Friede, publicada por el Banco de la República, Bogotá 1974.

2.- El Manifiesto en Quechua del Primer Congreso Constituyente a los Indios del Perú del 10 de Octubre de 1822, reproducido por Virgilio Roel en su libro Historia General del Perú: La Independencia, Lima 1988. Gráfica Labor.